

FRAY MOCHO

Número 578
22 de mayo

1810 - 25 DE MAYO - 1923

I / 13135 12,578 (1923)



Suave y Perfumado

queda el rostro de las damas cuando para aumentar sus encantos, usa en su tocador, los finos y afamados productos

SUPREMA

POLVO GRASOSO
De perfecta adherencia e incomparable aroma. La caja,
$ 1.10

AGUA DE COLONIA
De perfume delicioso, suave y distinguido. El frasco,
$ 2.20

DE VENTA EN TODAS PARTES

Sociedad General de Perfumes Productos SUPREMA

P. BURS y Cía.
Bolívar 1725
Bs. As.

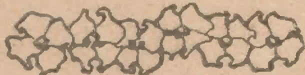
Se remite gratis a toda dama que lo solicite, una muestra de Polvo Grasoso Suprema.



Ibero-Amerikanisches Institut
Berlin
Preussischer Kulturbesitz

FRAY MOCHO

Año XII — Buenos Aires, 22 de mayo de 1923 — Núm. 578



NADA, por Max GRAD



Desde hacía diez años, es decir, desde que había muerto la madre, las cosas habían ocurrido siempre así. Lisa, hoy, como siempre, había levantado la mesa, y preparado el café para el padre; luego se había vestido para salir, quedándose esperando pacientemente, que él la llamase: "¡Ven, Lisa!" El paseo duraba una hora, o, a lo más, hora y media: detrás de la estación, a orilla del río, hasta la casilla del cervecero; a veces, también hasta la Rotonda, y luego, a casa. La meta era siempre la misma, pero el padre rezongaba por la vuelta que era preciso hacer desde que la nueva red de rieles de la estación ensanchada, había invadido gran parte del terreno, a lo largo de la calle que costeaba el río se levantaban ahora lindos chalets con jardines, y a ellos tuvo que ceder su sitio la casilla del cervecero. Cosa que irritaba, sobre todo, al "señor secretario": la gente miraba sonriendo a ese hombrecillo encorvado que protestaba en voz alta y con gestos vivaces.

En la esquina de la calle, cerca de la tienda, cuya vidriera había suscitado en otro tiempo la admiración de la pequeña Lisa, estaba todavía Betz, un viejo ciego de un ojo, con una pierna de palo, y traje harapiento que parecía eterno. Vendía billetes de lotería y cigarros de marca inescrutable. En un plato roto tenía algunos ramitos de violetas.

Lisa disminuyó el paso, quedándose detrás del padre, puso en el plato una moneda de veinte céntimos, y tomó un ramito de violetas

se ponía magníficos peinadores, regalo de su antigua

LA ESPERA

Mujer que un día
dejó en mi corazón de alucinado
un sueño de poesía
que aún no he realizado.

Gloria fugaz, divina
como la del secreto de un instante;
blanca vela latina
cuya visión distante
persiste en mi retina.

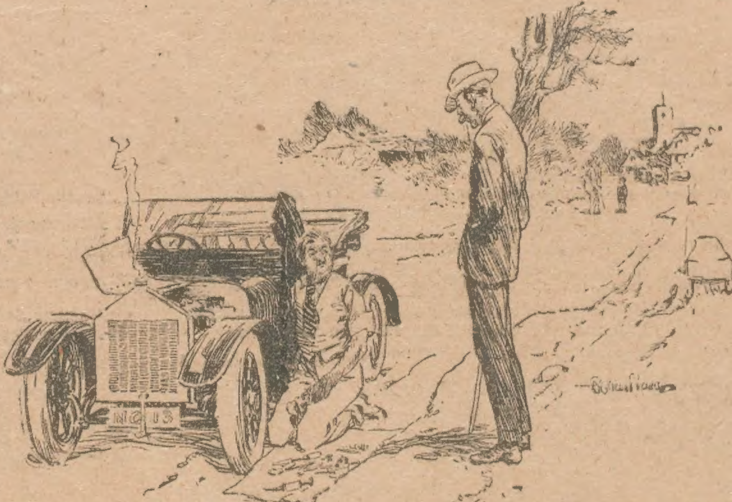
cés, y con ...

tudios.

Una vez fué a un baile. Desde muchos días antes la madre se hallaba tan excitada con los preparativos, que el padre hablaba de esa fiesta con un malhumor intolerable. Lisa tuvo que probarse infinidad de veces su vestido blanco de muselina, y hacer y deshacer, coser y descoser, tanto que, al fin, cuando se puso en la cabeza una corona de rosas, ésta le pareció una corona de espinas. Una vez en el salón, sucedió que su madre y la esposa del farmacéutico, en la confusión del momento, no se vieron y no se saludaron en seguida, lo que originó una enemistad profunda entre ellas... Lisa, esa noche, contó con muchos compañeros de baile, más que las dos hijas del médico, aunque éstas tenían una dote discreta. Después de la cena, un joven, empleado de correos, dijo a Lisa, sonrojándose, que era una "belleza clásica". Después de un cotillón interminable, regresó a su casa.

Fué el único baile de Lisa.

Poco después, el padre sufrió un ataque de apoplegía que lo imposibilitó para el trabajo. Se vió obligado a jubilarse y la familia tuvo que vivir con esa pensión reducida. En abril siguiente murió la madre, de pulmonía. Padre e hija continuaron viviendo en el mismo departamento, y al-



APROXIMADAMENTE

la ... tulos de renta del 4 por ciento..."

Se interrumpió de pronto, y volviéndose a la hija, dijo:

—Lisa: ¿está en la puerta el papel por el cuarto que se alquila?

—Sí, papá; he puesto uno nuevo.

El viejo murmuró:

—¡Y no viene nadie! Es claro: con tantos cuartos desalquilados en todas partes.

Lisa suspiró y continuó tejiendo nerviosamente. El viento de marzo silbaba en la chimenea y sacudía las ventanas; los árboles se cimbraban y se doblegaban.

... pados entornados brotaban lágrimas silenciosas. Y no sabía porqué lloraba.

—Perdón, ¿se puede?

Lisa se sobresaltó al oir esa voz profunda y desconocida.

—Discúlpeme: la puerta estaba abierta...

No contestó, turbada por la mirada extraña de aquel hombre, que miraba con visible interés a la bella joven, cuyo rostro pálido empezaba a cubrirse de rubor.

—El señor Letschte me dijo que tienen ustedes un cuarto para alquilar. Quisiera... Pero, disculpe si no me he presentado todavía. Soy Braner, el ingeniero Braner. La casa queda cerca de la estación donde yo...

—El cuarto es éste, señor.

El seguía mirando a Lisa y dijo, con una sonrisa:

—Muy simpática...

Luego paseó la mirada en torno para examinar el cuarto, que le agradó inmensamente. Poco después sus ojos volvieron a mirar a la joven, que permanecía de pie, en medio de la habitación.

Los rayos del sol poniente ceñían con una aureola la cabellera ondulada de Lisa. Leves soplos de viento penetraban dulcemente por la ventana, junto a la cual el mirlo seguía cantando incansablemente. Sensaciones indefinibles invadían el corazón de Lisa, que se pasó por la frente la mano blanca y delicada. En ese aire tibio todo le parecía nuevo y extraño.

—¿Cuándo puedo venir a ocupar el cuarto? Querría que fuera lo más pronto posible...—dijo él, ya en el umbral, volviendo a Lisa su rostro franco y simpático.

—Cuando quiera. En seguida, si le parece.

... Y mientras

PERFUMERIA MENDEL
GUARDIA VIEJA 4439

Cuando usted se proponga
adquirir verdadera agua de colonia no tendrá más remedio que exigir
Agua de Colonia Mendel
... agua de colonia, que merezca el nombre ... ión y su alta clase ... palabras, sino ... o de muestra ... amente.

...ENDEL
Guardia Vieja, 4439

"El cañón del capitán"

Rebosante de gracia fina y de aquel benévolo humorismo inglés que explota, sin forzarla, la comicidad de las situaciones es el relato de Arturo Morrison que en el próximo número publicaremos en esta página.

FERNET-BRANCA
NO FALTE EN NINGUN HOGAR
Unicos Importadores HOFER & Cía. Buenos Aires



SECCION VERMOUTH

UN CONTRATIEMPO DE LA COMPASIÓN

—¿Qué tienes niño?—le preguntó, al ver que lloraba tanto, el inevitable señor compasivo.
—Perdí veinte centavos...
—Búscalos, hijito.
—No; es inútil.
—Bueno; no llores: toma estos otros veinte centavos.
—Gracias.
—¿Aquí los perdistes?
—Sí, señor, aquí.
—¿Venías corriendo, tal vez?
—No; me los ganó aquel muchacho que va allá. Era una apuesta para ver quién escupía más lejos.

DECEPCIÓN

—Vea, amigo: su enfermedad es grave.
—¡No diga, doctor!
—Y no hay más que un medio para curarla: deje la bebida.
—¡Dejar la bebida! ¡Y yo creí, simplemente, que bastaba una operación!

ALGO PEOR

—Estoy de desgracia, —dijo el chauffeur.
—¿Atropellaste a alguien?
—Sí; pero lo atropellé mal.
—¿Por qué?
—No conseguí hacerle perder el conocimiento. Temo que se acuerde del número.

CONTRAATAQUE

El párroco advirtió con pesar que uno de sus feligreses, un anciano, se dormía siempre durante su sermón. Terminado el oficio religioso, llamó aparte a un niño que acompañaba al anciano y le preguntó:
—¿Ese señor?
—Mi abuelito.
—Bien; si haces lo posible para que se quede despierto durante el sermón, cada domingo te daré diez centavos.
El plan resultó bien durante tres domingos. En el cuarto, el párroco volvió a notar que el anciano se dormía. Llamó, pues, al niño.
—¿No me prometiste que lo harías quedar despierto si te daba diez centavos?
—Sí, pero ahora él me da veinte para que lo deje tranquilo.

LA PRUEBA

Uno de los socios tenía de cuando en cuando remordimientos de conciencia sobre la maravillosa eficacia del tónico que vendían para hacer crecer el cabello. Un día no pudo más y le dijo a su socio:
—Che: estoy pensando...
—¡Pensando!—preguntó el otro sorprendido.
—Sí, estoy pensando si nuestro restaurador del cabello sirve realmente para algo.
—Es eficacísimo,—afirmó el socio.
—¿Por qué lo crees?
—Debe bastar una botella, porque ya lo ves: ninguno viene a buscar otra.

PODEROSA RAZÓN

—Vengo a pedirle aumento de sueldo—dijo resueltamente el empleado.—Me he casado y...
—¡Ah, ya comprendo!—dijo el patrón con benevolencia no exenta de sorna.—Se ha casado y necesita aumento de sueldo para prever las necesidades mayores de la familia, etc.
—No, señor; para mis necesidades solamente, porque mi mujer acaba de enterarse de la suma exacta que gano.

LA SEÑAL

A los dos amigos les dió tanta lástima del estado en que se encontraba el colega farrista, que decidieron acompañarlo hasta su casa. Pero estaba tan borracho que él mismo no sabía decir dónde vivía.
—Por aquí,—decía vagamente, con gesto que señalaba a todo el barrio. Lo llevaban, uno de cada brazo, de una calle a otra. De pronto, se abrió una ventana, y de ella arrojaron una palangana de agua que cayó sobre el deplorable amigo. Este se detuvo instantáneamente, exclamando:
—¡Aquí es!

EL INVENTOR

—¿Sabes que he inventado algo asombroso?
—¿Tú? ¿Con la cabeza que tienes desde que naciste? ¡No es posible!
—Te digo que lo he inventado...
—Vamos a ver, ¿qué es?
—Una turbina a gas, vapor y electricidad.
—¿A gas, vapor y electricidad? ¡Pero semejante turbina no puede ser construída!
—Ya lo sé; por eso digo que la he "inventado".

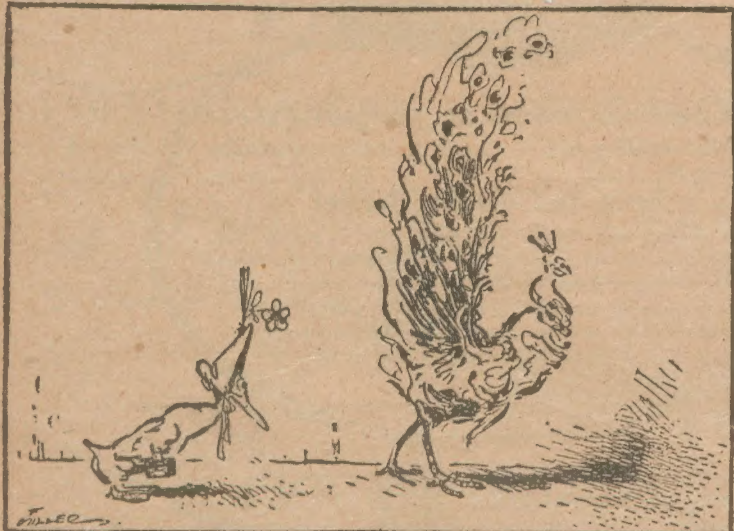
RELATO DE VIAJE

Vuelto a sus pagos,—Calingasta o Ambargasta,—después de un viaje de tiro corto, Don Deodato asombraba a sus comprovincianos con el relato de sus andanzas, puramente imaginarias.
—¿Estuvo en Roma?
—¡Y cómo no! Ciudad grande, toda en ruinas.
—¿Lo vió al Papa?
—¡Y cómo no!
—¿Habló con él?
—¡Vaya! Si casi todas las noches cenábamos juntos.
—¿Y qué tal es el Papa?
—¿El?... ¡Un buen hombre!... Pero su mujer, ¡uff! ¡No me hable!

REMEDIO EFICAZ

Un tambero a su vecino:
—¿Qué le diste a tu vaca cuando estuvo enferma?
—Trementina.
Al día siguiente:
—¡Vaya un consejo el tuyo! ¿Sabes que se ha muerto mi vaca?
—La mía también.

AL PASAR



Misia Patita.—Hay gente que no sabe vestir decentemente, por más que se ponga encima.

EN CABEZA AJENA

Llora ella por nuestros reproches. Nos apresuramos a consolarla, pues no podemos soportar sus sollozos. Pero apenas se extinguen éstos, nuestra memoria les presta un sonido dudoso, y de buena gana los provocaríamos de nuevo, a fin de verificar su timbre.—Juan ROSTAND.

* * *

El amor penetra en el corazón por la costumbre, y la costumbre lo hace salir.—OVIDIO.

* * *

Las mujeres son más constantes en el odio que en el amor.—GOLDONI.

* * *

El hombre se venga en las mujeres de corazón tierno por no haber sido amado por las pícaras. Y llama a esto, ser hombre fuerte.—Pablo BOURGET.

* * *

Por la asiduidad, llega uno a agradar a las mujeres; y por la negligencia las conserva. — DESNOYERS.

* * *

En amor, las mujeres dan siempre más de lo que prometen.—Luis DESNOYERS.

* * *

Los celos groseros son una desconfianza del ser amado; los celos delicados son una desconfianza de uno mismo.—DE LESPINASSE.

* * *

Nada es más insoportable que una esposa rica.—JUVENAL.

Lo nuevo es, a menudo, el olvido del pasado.—BACON.

* * *

Cuando después de una larga ausencia uno vuelve a ver al ser amado, el esfuerzo que uno se hace es tan violento, que uno parece frío. El amor se oculta por su exceso.—STENDHAL.

* * *

Las mujeres se afligen de una infidelidad, en razón del placer que causa a sus rivales. — BEAUCHENE.

* * *

Los celos son la enfermedad del espíritu para la cual sirve de alimento el mayor número de cosas, y de remedio el menor número.—MONTAIGNE.

* * *

La verdad no es, para el pensador, sino una forma más o menos avanzada, pero siempre incompleta, o, por lo menos, susceptible de perfeccionamiento. En cambio, la ortodoxia, petrificada, estereotipada en sus formas, no puede jamás alejarse de su pasado... Nada de más inmutable que la nulidad, que jamás ha vivido la vida de la inteligencia, o el espíritu pesado, que no ha visto sino una faceta de las cosas. El medio de no variar consiste en no pensar.—Ernesto RENAN.

* * *

Rara vez las personas violentas se ponen de mal humor. Pues el mal humor no es generalmente sino un obscuro pesar por no haberse encolerizado.—Alberto GUINON.

AL PIE DE LA LETRA

por Antonino BIDEAU

—Ya sé que no está usted habituado a viajar; pero esto no tiene importancia alguna. Todos mis viajantes están fuera, y sólo tengo a usted de quien echar mano; de manera que irá usted a Quimper, y se las compondrá para realizar el negocio. Por otra parte, la casa Bellamy me conoce, y no tendrá usted que hacer más que presentar las muestras.. ¡Pero apresure! El tren parte del andén de Orsay a las veinte y veinticinco, dentro de media hora... Coja usted su billete y métase en el tren. Se baja usted en Quimper, a las ocho de la mañana, y entonces siga usted estrictamente mis indicaciones: tome un caldo, y corra a casa de Bellamy lo más pronto posible; vea usted la manera de colocar los trescientos pares de calcetines, y me telegrafía usted.

¿Comprende? Antes del mediodía, sin falta, espero su telegrama. ¡Pronto, pronto! No se apure usted; estoy tranquilo en cuanto al resultado. Lo principal es que usted esté en casa de Bellamy a buena hora, y que me telegrafíe inmediatamente, ateniéndose con todo rigor a todas mis prescripciones. Confío absolutamente en usted.

Y sin retardarse más, el señor Dodu cerró la portezuela del taxi, en el que acababa de empujar a Miguel, su dependiente, armado con una maleta de muestras, y lanzó al "chauffeur" en dirección de la estación de Orsay. Por un momento miró alejarse al coche, y después entró en la tienda, inclinándose para deslizarse por debajo de la persiana de la puerta, que estaba ya echada.

—¡Qué desgracia!—confió a la cajera que resolvía las cuentas del día.— ¡Un negocio magnífico, y sólo tener disponible a Miguel!

Con gesto nervioso rehizo los pliegues de una camisa de etiqueta, expuesta en una vitrina; la colocó en su caja, y a ésta, en un espacio libre del estante, en el que rebotó contra el muro con un chasquido seco.

—No ha sido poca suerte—replicó la cajera—que el señor Miguel haya querido partir esta noche y asumir tal responsabilidad.

—¿Qué otro medio había? Evidentemente, debería haber ido yo en persona. ¡Pero yo no puedo moverme de aquí! Afortunadamente, somos proveedores de Bellamy, y sólo viendo nuestras muestras y nuestros precios, la cosa se hará. Además, tengo confianza en Miguel; no es muy inteligente que digamos; pero es un muchacho muy puntual. Estoy seguro que seguirá escrupulosamente mis recomendaciones, y que todo irá bien.

* * *

En efecto, al día siguiente, a las seis de la tarde, el señor Dodu, exasperado de tanto aguardar, abría el telegrama que acaba de recibir y leía: "Quimper. A las quince y treinta. Llegado felizmente. Imposible encontrar caldo todo el pueblo. Telegrafíe instrucciones a Poste Restante."

VALS NEGRO

La serpiente melódica del vals
curvaba sus anillos y enlazaba
parejas y parejas y parejas
que se multiplicaban en espejos
que cubrían los muros del salón
rebosante de luces y de flores...
y dilataba y contraía en una
voluptuosa indolencia de odalisca,
el racimo de carne pecadora
que seguía el impulso de su sangre
roja, ardiente de olvido en la lujuria
de un vals lánguido y pérfido, vals negro,
negro como la muerte, pero lleno
de la vida tremante del deseo,
que salpica la carne de centellas,
pone garfios de luces en los ojos,
imanes invisibles en las bocas,
fuego devorador en las entrañas
y una neblina negra en el cerebro.

Y danzaban, danzaban y danzaban,
y la serpiente musical seguía
enlazando sus cuerpos que sentíanse
envueltos en la hoguera de sus ansias.

La serpiente melódica del vals
aflojó sus anillos y huyó lánguida,
y las parejas fuéronse llevando
el veneno mortal de la lujuria.

Mayorino Ferraria



Al volver del teatro

en las noches de invierno, se experimenta la necesidad de tomar algún alimento liviano y agradable al paladar. Ninguno más indicado en tal oportunidad, que el chocolate Noël, de gusto delicado y muy nutritivo, por estar hecho exclusivamente a base de inmejorable cacao, azúcar refinada y vainilla superior.

Téngalo presente:

Chocolate Noël



Puro, sabroso y aromático.

Para todas las edades y en todo momento.

Casandra

Era esta heroína hija de Príamo y de Hécuba y una de las más hermosas mujeres de su tiempo.

También se la conocía con el nombre de Alexandra, bajo el cual se le rindió culto en Amiclea, donde tenía una estatua y un templo. Tuvo también, otro en Lenetra (Laconia), y Amiclea y Micenas se disputaban la gloria de poseer sus restos.

La leyenda refiere que, habiendo Apolo visto a Casandra, se enamoró de ella, dándole, para ser correspondido, el don de predecir el porvenir; pero como ésta no quiso cumplir su palabra, el Dios, irritado, mandóle un triste castigo, tan triste, que en él se basa y por él se ha perpetuado, ante los siglos, la dolorosa historia y largo peregrinaje de Casandra.

Ese castigo, venganza de un Dios iracundo, como proviniendo de los dioses, fué una despiadada venganza.

Casandra, profetisa sin creyentes y sin templos, vagaba con su amargura a cuestas por todos los caminos de Laconia, sin que ninguno diera crédito a sus profecías, pues en ello residía el castigo de Apolo.

Por eso los troyanos descargaron todas sus burlas sobre Casandra, cuando ésta predijo la destrucción de Troya, y tampoco fué creída al predecir la muerte de Agamenón.

Mientras iban llegando los últimos días de Troya, la profetisa, como un ave agorera y errante, echada de todos lados y en todos lados perseguida, daba sus quejas a los campos y a los bosques, hasta que un día, el postrero de la heroica ciudad, cuando ya las huestas enemigas entraban en ella, Casandra buscó refugio en el templo solitario de Atenea. Ajax, descubriendo su sitio, la persiguió para obtener sus favores; mas la virgen, defendiéndose en medio de la lucha, rodó con su agresor hasta el Paladio, imagen santa de Atenea, llevándola ambos en la caída.

Ante el enorme sacrilegio Ajax huyó, cayendo por su mala suerte en manos de los jefes griegos.

Entonces, Agamenón, victorioso, llevóse con él a Casandra, quien le fué entregada como botín de guerra.

Y algunos años después de su entrada en la corte de Agamenón fué muerta por Clitemestro, siendo, a su vez Agamenón, con sus dos hijos frutos de su unión con Casandra, muertos por Egipto.

EL PELIGRO DE LOS FIAMBRES

Las comidas frías especialmente las de cerdo, no sólo son de larga y difícil digestión, sino por su condición de exposición al aire se prestan al desarrollo de bacilus, y a una rápida descomposición de la masa. Al ingerir esta clase de alimentos da ocasión a que se desarrollen en el estómago fermentaciones anormales con desprendimientos de gases en un principio, y luego dolores e intoxicaciones. Este peligro puede evitarse si después de tomar cualquier alimento de esta naturaleza se administra una pequeña dosis de bicarbonato catálico (que no se debe confundir con el bicarbonato de sodio) y que tiene la propiedad de hacer mecánicamente la digestión rápida de todo alimento, evitando su descomposición.

Las mujeres en la literatura.— Amy Dórrit (de Dickens), por Luis de OTEYZA

¡Hay o no hay ángeles en la tierra? Esta es la cuestión. Los cronistas de salones se pronuncian en ella afirmativamente, pues suelen calificar de tales a las "jeunes filles" cuando relatan que han sido presentadas en sociedad. Pero dichos ilustres compañeros padecen un optimismo loco que los hace considerar "virtuosas damas" a todas las señoras mayores, y "distinguidos sportmen" a cuantos señoritos se quedan sin carrera por brutos o por holgazanes, o por ambas cosas a la vez. Y como sólo son los cronistas de salones quienes afirman que existen en nuestro bajo mundo esos puros y buenos habitantes de los ámbitos celestes, cabe dudarlo.

Yo lo dudo. Y en verdad que semejante duda es para mí, ahora, lo que dijo el poeta: torcedor impío. Porque si yo creyese que existen ángeles en la tierra, podría alabar sin tasa a Carlos Dickens, sosteniendo que el carácter de la protagonista de su novela "La niña Dórrit", además de ser muy bonito, muy delicado y muy conmovedor, resultaba muy exacto, muy cierto y muy real. Pues Amy Dórrit es un ángel. Así, como suena.

Un verdadero ángel, sin alas y con algunas ligeras variantes en el tipo y en las costumbres, como, por ejemplo, llevar peinado de tirabuzones y dedicarse a coser para fuera; pero igual en lo virtuosa a los espíritus selectos que rodean el trono del Altísimo. Humilde, generosa, casta, paciente, templada, caritativa, diligente, fuerte, prudente, justiciera, llena de esperanza y de fe, no se conoce virtud que no tenga Amy Dórrit, y hasta creo que posee otras tres o cuatro virtudes desconocidas, inventadas especialmente para su uso particular.

Tan beatífica criatura nació en la cárcel, donde su señor papá estaba preso por deudas, y en la cárcel vivió hasta los veinte años, porque el tal deudor cautivo pensaba en todo menos en pagar lo que debía. Y, sin embargo, el ambiente de la prisión, lejos de malear a la niña Dórrit, lo que hizo fué influir en ella muy saludablemente, permitiéndola que desarrollase todas las buenas cualidades posibles.

¿Que esto es inverosímil? Caramba, sí. Pero si prescindimos de lo inverosímil en la historia de Amy Dórrit, podemos hacer punto final antes del principio, porque esa historia, de verosímil no tiene ni señales. Con que... vosotros diréis. ¿Que ya que nos hemos puesto a ello es cosa de seguir? Pues, adelante entonces.

Amy supo darse cuenta pronto de la horrible situación en que su familia estaba sumida y se propuso hallar el remedio. Haciendo verdaderos prodigios, logró proporcionar un arte a su hermana y un empleo a su hermano. Luego aprendió ella el oficio de modista, mejorando con sus jornales el vivir del trapisondista que la había dado el ser. Y aun pudo dedicar tiempo, trabajo y hasta dinero al socorro de otros infelices necesitados de ayuda, como Maggy, la mísera idiota, con quien actuó siempre de protectora moral y material.

Claro está que, lejos de secundarla nadie en su ímproba tarea, todos la oponen dificultades, empezando por su propia familia, que ni agradece ni aprovecha los sacrificios de Amy, y terminando por cierto misterioso y temible poder que realiza contra ella una persecución vengadora. Sólo Arturo Clennam compadece a la niña Dórrit y la presta algún auxilio; pero, ¡ay!, al mismo tiempo la enamora, con lo que a los muchos sufrimientos de la desdichada, viene a sumarse la tortura del amor.

Pero Amy consigue ir saliendo de apuros. Paga los excesivos gastos del padre derrochador, contiene a la hermana cuando amenaza descarriarse y da un nuevo destino al zángano del hermanito, que perdió el que tenía. Respecto a su pasión por Clennam, sabe ocultarla muy bien y hasta se dispone a sacrificarla, mediando con la mujer a quien cree amada de Arturo, para ponerlos en relaciones. Y así sostiene a pulso todo el tinglado, pidiendo al cielo que la suerte cambie y confiando en que el cielo hará cambiar la suerte.

Esto ocurre al fin. La Fortuna, en forma de cuantiosa herencia, se derrama sobre la familia Dórrit. ¡Todos son felices! El padre se ve libre y con medios para poder tirar el dinero a manos llenas; el hijo logra su legítimo deseo de vivir en la dulce, suave y descansada holganza, y la hija mayor consigue cubrirse de joyas y pasear en coche, sin haber tenido para ello que dejar de ser persona decente... Unicamente Amy no participa de la general ventura que entre los suyos reina.

No; Amy en el relago, en la opulencia, en el esplendor, no disfruta, ni mucho menos. ¿Por qué?... Porque, según queda manifestado, es un ángel. Y siendo un ángel, sólo puede gozar en el sacrificio, en la estrechez, en la miseria. La alegre vida de fiestas ha de resultar para Amy una triste vida de tormentos.

Y así, durante el viaje de placer que la familia Dórrit realiza por Francia e Italia. Amy sufre, añorando acaso, en la patria de las diversiones y en el país del cielo siempre azul, el bíblico aburrimiento londinense y las oscuras nieblas de la orilla del Támesis. Y después, cuando al fin vuelve a la capital de Inglaterra, sigue sufriendo, tal vez porque añora aún, en el palacio que habita y entre la escogida sociedad que la rodea, los calabozos de la cárcel y el trato con los desarrapados habitantes de la periferia penal.

Por dicha para Amy, la suerte cambia otra vez. Su padre muere, su hermana hace un infame bodorrio, su hermano se arruina y Arturo Clennam es encarcelado por deudas en propia prisión y en el mismo departamento ocupado por el señor Dórrit tantos años. Todo se pone bien de nuevo, ¿verdad?

¡Ya lo creo que sí! Amy llora al difunto, renuncia su parte de la herencia en favor de los otros dos herederos, vuelve a ponerse el traje remendado y se reinstala en la cárcel para repetir por amor de novia lo que hizo por amor de hija. Como cuidó a su papá, atendiéndole con sus jornales de costurera, cuidará a Arturo, que ya es su prometido, pues viéndole sin fortuna y sin libertad—¡las ocasiones hay que aprovecharlas!—se apresura a ofrecerle su mano. ¡Qué ricamente vivirá por fin Amy!

Y poco menos que así de ricamente vive. Arturo es libertado, pues se le arreglan un poco los asuntos. Aunque no se le arreglan tanto que no tenga que emprender una serie de trabajos y luchas. Con lo que Amy goza de la existencia de esposa pobre, que es divertidísima. Para los ángeles. ¡Claro está!

Tal es el carácter de angélica mujer creado por Dickens. Carácter que yo encuentro falso hasta el absurdo, porque no creo que haya ángeles en la tierra; pero que resultará tan preciso como una demostración matemática para los que crean semejante cosa. Que, dicho sea sin ánimo de ofender a nadie, es una de las mayores tonterías que pueden creerse.

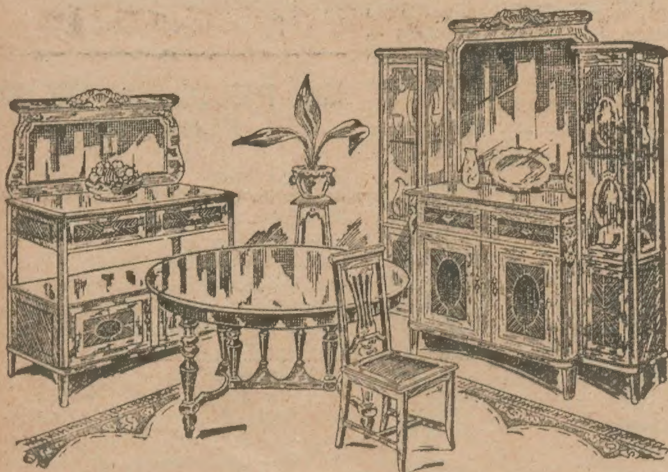
CAFÉ "Paulista" PURO Y AROMATICO

Sec. Premios: Av. de Mayo 864

La utilidad de las aves

Un naturalista ha dicho que si el mundo se quedase sin aves de ningún género, la especie humana no podría subsistir más de nueve años, por muchos venenos y productos insecticidas que se inventasen y aplicaran a la destrucción de insectos, porque éstos acabarían con todos los sembrados en el plazo de tiempo antedicho.

MUEBLES Y TAPICERIA
"CASA AMARILLA"



INMENSO SURTIDO

en comedores, dormitorios de todos estilos y gustos, a precios sumamente rebajados, ofrecemos al público hasta fin de mes.

VISITENOS Y DE SEGURO QUE SE HARA CLIENTE.

PEDIR CATÁLOGO PARA EL INTERIOR. — EMBALAJE GRATIS

CANGALLO, 656

JUAN L. ROCHE
BUENOS AIRES

Contra la grippe, tos, catarros y resfríos
Pastillas RIN-RIN
a 45 centavos la caja en todas las farmacias.
Agente: F. AMORETTI, Azara 618, Bs. As.

Una Joya Musical...

Y el complemento indispensable de su piano es

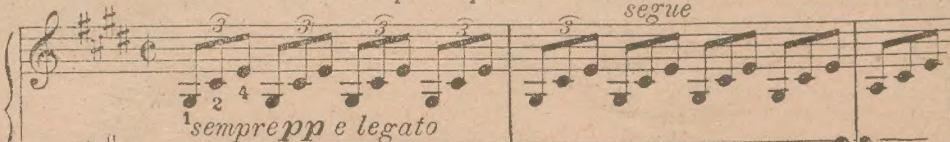
1326

SONATA QUASI UNA FANTASIA
"CLAIR DE LUNE", DO-SOSTENIDO MENOR

Revisado y Anotado por Charles Dennée

L. van

Adagio sostenuto (♩= 50)
Si deve suonare tutto questo pezzo delicatissimamente e senza sordini
segue



"La MEJOR MÚSICA del MUNDO"

COMPUESTA DE 5 HERMOSOS VOLÚMENES, que constituyen tanto por su manufactura, como por los valores musicales que encierran, un delicado y clásico exponente de lo que pueden hacer las modernas artes gráficas unidas al genio musical de los Directores de esta riquísima Enciclopedia del Arte, que no debe faltar en ningún hogar donde se haga un culto de lo bello y haya un espíritu superior capaz de comprender las maravillosas concepciones de los genios musicales más grandes y famosos que existen y han existido en el mundo, en todos los tiempos,

Parcialmente mencionaremos a continuación algunos de los tantísimos compositores que están representados en estos 5 volúmenes de "LA MEJOR MÚSICA DEL MUNDO".

Con solo 20 cts. diarios

Puede Vd, adquirirla

LOS CLASICOS
Bach, Handel, Haydn, Beethoven, Mozart, Spohr

LOS DE LA ESCUELA ROMANTICA
Schubert, Schuman, Mendelssohn, Chopin, Liszt

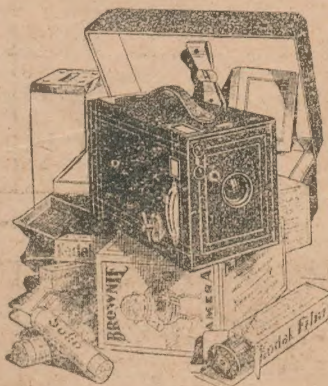
LOS CLASICOS MODERNOS
Brahms, Dvorak, Grieg, Scharwenka, Tschaikowsky, Rubinstein, Paderewski

LOS ESCRITORES MODERNOS DE PIEZAS DE SALON
Delibes, Thomé, Schutt, Jensen, Godard, Bohm, Tours, Schytte, Rheinbergerg, Lacombe, Bendel, Lanciani, Smith, Louis Ganne, Bergé

LOS ESCRITORES DE PIEZAS POPULARES
Offenbach, von Fielitz, Nollet, Gottschalk, Nicodé, Leybach, von Flotow, J. Strauss, Pestalozza, Pieczonka

LOS COMPOSITORES DE PIEZAS DE FAMA MUNDIAL
Lichner, Durand, Merkel, Gurlitt, Reinecke, Behr, Ravina, Heins, Loeschhorn, Reinhold, Ascher, Kullak, Le Couppey, Lack, Kummel, Lechetizky

Nuestro obsequio



UN EQUIPO FOTOGRAFICO KODAK BROWNIE

Listo para retratar, revelar y fijar, compuesto de:

1 Cámara Brownie. N.° 0.
1 Rollo de Películas.
1 Lámpara Kodak.
2 Cubetas bull's Eye.
1 Tubo Revelador.
1 Paquete ¼ libra Fijador.
1 Prensa Eastman.
1 Paquete (2 docenas) Papel Solio.
1 Tubo viro-fijador.

A SU SOLA FIRMA ◆ SIN FIADOR NI GARANTIA

Los que nos remitan el presente cupón incluyendo el pago inicial de $ 6.— m/n. recibirán como obsequio gratuito, conjuntamente con la colección de 5 tomos, un hermoso equipo fotográfico, según detalle.

Suscríbase HOY MISMO sí desea recibir el REGALO

Pedido directo a: The University Society Inc.
RIVADAVIA 850 — Buenos Aires

Adjunto con este cupón la suma de $ 6.— para que me remitan "La Mejor Música del Mundo", compuesta de 5 tomos, conjuntamente con el obsequio que ofrecen. Me comprometo a abonar el saldo restante en 17 mensualidades de $ 6.— c/u., la primera de las cuales haré efectiva 30 días después de recibida la mercadería.

Fima .... Profesión ....

Nombre .... Apellido ....

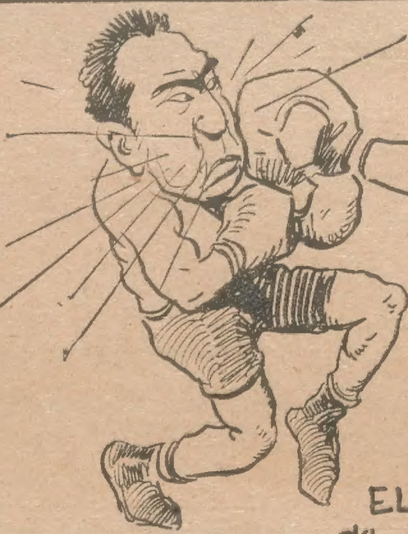
Dirección ....

....



PUGILÍSTICAS







El sparring de Yrigoyen





Un groggy

El promotor de Marcelo









Los segundos de Noel

Un rabin-punch.

El referee



Un ful



Un clinch

Dib. de Rojas.

LA CIENAGA

A la entrada del bosque estaba la casucha, —miserablemente construída con unos cuantos palos mal plantados, cubiertos de paja y barro,— manteniéndose en pie merced a las centenarias arboledas que la resguardaban eficazmente de los vientos del sud, durante el invierno, cuando silvaban cual fabulosa horda de cíclopes enfurecidos.

A dos cuadras de allí encontrábase la orilla de una enorme ciénaga que en las noches lumiosas y vista desde "el alto" parecía una gran bandeja de plata. De cerca veíase que su lodo era verdoso y podía observarse cómo descomunales arañas, caminaban tranquilamente sobre la superficie.

Antes de llegar, durante el viaje cansador y monótono, refiriéronme algunas extrañas leyendas que en aquellos parajes semi despoblados circulaban sobre "él barro", como los nativos denominaban a la ciénaga.

Huelga decir cómo y para qué fuí a parar allí. Sólo se que aquella maldita noche estival no pude dormir a pesar de haber acomodado cuidadosamente mi "recado", cama provisional, sobre el duro piso de tierra apisonada, lo más distante posible del viejo catre de campaña que servía de lecho a aquel hombre extraño, que me había dado albergue con la mayor buena voluntad y que, al atender mi pedido, pareció asombrarse de que hubiese quien pudiera solicitar algo de él que nada poseía.

En pocas palabras, sin mutación expresiva alguna, con su voz firme y áspera, habíame autorizado para disponer de todo como si fuese mío:

—"Este es nido para aves de paso, señor; todo lo que hay aquí es suyo, su-yo". Y ahí terminaron, fuera de las palabras extrictamente necesarias, las atenciones del hombre, que luego pasó la tarde limpiando y revisando unas originales herramientas. No obstante, su voz y sus modales tenían mucho de distinguidos y me llamó la atención el brillo de su barba negra y bien cuidada. Cuando las mangas de la camisa se le subían más que de costumbre por algún movimiento, podía verse que su piel era blanquísima, donde no estaba quemada por el aire y el sol.

Mi compañero bostezaba abriendo descomunalmente la boca cuando le parecía que yo no le veía; eran unos bostezos continuados que se contagiaban... Entonces vi también su magnífica dentadura donde, como excepción, brillaba un diente de oro.

Eran las dos de la madrugada. El hombre parecía dormido y su respiración era fuerte y regular. Yo, en cambio, estaba nervioso, sin poder conciliar el sueño y experimentaba a cada momento la sensación de que mi piel era rozada por el vientre helado de alguna de las arañas negras, velludas, imponentes, que allí abundaban. Repetidas veces ví pasar rápidamente alguna entre los estiletes de plata con que la luna apuñaleaba el rancho...

Inmóvil, con los ojos bien abiertos, placíame en torturar mi espíritu con un sin fin de dudas injustificables, cuando noté que el hombre extraño se ponía sigilosamente en pie. Con extrema precaución deslicé entonces mi mano y tomé por el mango mi flamante machete de monte... Inútil acción la mía; ví la cara del hombre alumbrada por un rayo de luna y estaba serena, casi inexpresiva, con sus grandes y melancólicos ojos muy abiertos, como mirando al infinito; su barba renegrida tenía esas tonalidades brillantes y azuladas de las cuerdas de reloj. Descalzo, con un grueso calzón y una camisa que dejaba a la vista su pecho hercúleo cubierto de pelo crespo y sus fuertes brazos cuyos músculos semejaban sogas retorcidas, era la perfecta encarnación de un personaje de leyenda rusa.

Luego de permanecer un instante en impasible actitud, abrió cautelosamente la desvencijada puerta y salió; vile alejarse como una sombra balanceando su cuerpo.

Mientras me calzaba unas alpargatas le espiaba por una abertura de la pared, saliendo de inmediato en su seguimiento; iba por el liso sendero que conduce al "camino grande" pasando a pocos metros de la ciénaga y su silueta se fundía con las cosas plateadas por la luz. Me encontraba oculto tras de unas matas cuando él se detuvo al borde mismo del "barro" que estaba inmóvil y lustroso como una lámina de hielo sobre agua turbia... Miró a todos lados, como temeroso de ser descubierto; luego, pareció olvidarse de cuanto le rodeaba, concentrando toda su atención en penetrar el enigma de aquel fangal, origen de tétricas leyendas; inclinóse poco a poco su cuerpo hasta quedar arqueado y quieto. Hubiérase dicho un hombre prehistórico mirándose reflejado en natural espejó.

Yo no sabía que hacer, temiendo, en mi desconcierto, penetrar algún secreto. No obstante, iba a llamarle la atención sobre el peligro, cuando, sin dejar su cuerpo la forma de interrogante que había adquirido, perdió su centro de gravedad y cayó...

Cuando llegué, jadeante, aún se veía un hoyo circular en el barro denso que se iba nivelando lentamente...

La agustia apretaba mi garganta hasta hacérseme difícil respirar y parado al borde de la ciénaga, con las manos en la cintura, llegué a pensar que aquello era una horrible pesadilla. Pero no; era cierto, perfectamente real, puesto que habiendo tirado una piedra la ví hundirse también rápiramente en el espeso líquido. Además, habíame pinchado con una espina.



Pasó un momento, no sé cuantos minutos, cuando mi cerebro comenzó a obscurecerse y mi espina dorsal a curvarse sensiblemente sin que pudiera evitarlo... poseído aún por el terror.

Sólo haciendo un gran esfuerzo de voluntad pude alejarme de aquel sitio, con la angustiosa sensación de estar ligado a él por un elástico lazo invisible y fuí luego a caer pesadamente sobre el lecho que había pertenecido a mi infortunado compañero de pocas horas.

M. Martínez Ferrer

Ilustraciones del autor.

LAS ROSAS DE ENGADDI

¡Quitáos las sandalias! ¡Este es lugar sagrado! ¡Si nuestra planta torpe huella las rosas excelsas, recibiréis las marcas del dolor sin nombre en nuestra propia alma! ¡Porque una sola es el Alma y toda floración de ella nace!

¡Si escribís en nuestro pensamiento la sentencia: "Locura" y le ponéis la caña y la púrpura, sabed que esta Alma bebió el vino del Gethsemaní, y recibió del ciego el lanzazo en su costado!

Se ofrece a ti, tocada de misterio y de belleza, iluminada del Espíritu Santo, la inmaculada Paloma del Bautista. Como la estrella radiante que contemplamos una noche, te ofrece el breve recinto iluminado de su sonora claridad, para que en ella pases tu alma viajera. ¿Sabes tú si esa estrella trae el polen misterioso de una insospechada fecundación?

¡Tiene el Espíritu honda complacencia en este jardín inmaterial del Santo Poeta!

¿Acaso no estamos en el Paraíso de las almas selectas? Nuestros pies desnudos van por sendas tapizadas de violetas amorosas y fragantes. Los altos laureles enredan en sus ramajes una áurea melodía de voces angélicas; y cada fronda verde es el nido de una "forma pura y armoniosa".

Florece el corazón materno (¿de una tierra, de un cielo?) en una explosión de rosas, de rosas, de rosas, hasta perderse en el horizonte azul. Por el zafir purísimo vienen las palomas eucarísticas "llevando rubios granos entre los breves picos".

Dijérase que esta región de luz, es una cándida palabra del evangelio de Francisco, "el varón que tiene corazón de lis", en cuya eternidad, el espíritu librado de todas sus ligaduras con el bajo mundo, se refugia encendido en amor divino.

Aquí el beso es flor de milagro, porque el amor es ya luz, a fuerza de ser sangre doliente. ¡Y flor y fruto!

El oro impalpable de las Vírgenes prédicas y leves de nuestros ensueños viene y anida en nuestra alma limpida, como los maravillosos rayitos de sol en la gota de rocío que prende, temblante, de los pétalos rojos de las rosas.

¿Estamos en el alma de Platón? ¿Estamos en el espíritu de Pitágoras? ¿Es este el mundo beatífico donde moran las almas floridas y angélicas de aquellas mujeres de Edgardo Poe, que tenían nombres sonoros como campanas de oro en torres de cristal? ¿O es esta aquella "Alma región luciente" del maestro Fray Luis de León?

Tiene el espíritu honda complacencia en este jardín inmaterial del Santo Poeta.

¡Oh dulce y peregrino milagro! En la rama del ceibo secular pujante de savia, se ha posado junto al quetzal, libre joya de la selva americana, el oriol, pájaro sagrado de la leyenda mística, y su canto hace levantar los ojos a claras estrellas matutinas.

¡Oh divino concierto de las almas luminosas y las estrellas cándidas! ¡Oh inagotable arcano!

Rafael Arévalo MARTINEZ.

PERROQUET EL LEPROSO

por J. F. Luis MERLET.

Veníamos de la selva y debíamos hacer alto en San Luis, depósito de relegados, "el mayor depósito de mendigos del mundo", como le llamó un inglés, escandalizado del presidio francés.

Marchábamos penosamente por la arena y los guijarros, por un camino "empedrado de cabezas de forzados", porque su apertura había sido mortal para éstos. La compañía se componía de dos empleados, un intérprete francés y dos relegados, sometidos a la residencia obligatoria en Guyana, acabada su pena y medio embrutecidos por el alcohol y el paludismo.

Llegamos a San Luis muy alto el sol aun. Un cabo nos recibió cordialmente. Alrededor de su casa de madera estaban agrupadas las casas de los confiscados, montadas sobre estacas, que durante la noche las aislan de tierra, por donde se arrastran animales venenosos. Estaban encerrojadas, y los penados eran amos en ellas desde las seis.

Cerca de mí se había sentado uno de mis compañeros de camino, de cara anónima, que me había parecido dócil y atento, y miraba cómo los celajes violetas de la noche cubrían el horizonte.

Le ofrecí un cigarrillo.

Se quitó el gran sombrero de paja, me dió las gracias y volvió hacia mí su cabeza rapada, en la que dos ojos llamearon por un momento. Murmuró suplicante:

—¿Tiene usted tafia?

—Está prohibida.

—¡Oh! Nadie lo sabrá. A usted todo le es permitido, y yo tengo necesidad de reanimarme.

La voz era tan ronca, tan desesperada, que cogí un vaso, lleno de alcohol hasta la mitad, y se lo di.

—¡Gracias, gracias! No podía aguantar más.

Una a una se encendían las luces a la otra parte del Maroné, en Albina la Blanca, en la Guyana holandesa.

—¡Allí está la libertad!—murmuró el presidiario.

Cerca de nosotros, en medio del río, en una estrecha isla, brillaron algunas luces.

—El Islote de la Cuarentena—dijo el hombre.—¿No teme usted el "mal"?

—¿Qué mal?

—La l. .a. El Islote de la Cuarentena es el islote de los leprosos. He ido de enfermero dos veces, durante dos visitas sanitarias. Es horrible. Veinte años de presidio me han degradado de tal manera, que la muerte sería para mí la libertad.

Miré al confinado. Sacudía la cabeza, y, sea por influencia del alcohol, sea por necesidad de confidencia, murmuró bajito:

—Soy un sacerdote, y maté. No me he rehabilitado, y estoy perdido para siempre. Pero... He dicho ya bastante.

Hubo un silencio molesto, y luego "Casaca", que tal se apodaba, continuó:

—¿Asegura usted que hay leprosos por todas partes? En el islote viven leprosos, penados en curso de condena, separados del resto del mundo, alojados en casitas regulares y uniformes, que se distinguen muy bien desde aquí. ¡Qué justicia tan atroz la justicia inmanente de las cosas! ¡Qué implacable la venganza de la Naturaleza! Estos parias entre los parias, a consecuencia de sus desórdenes, por predisposición atávica, han contraído, bajo este sol devorador, afecciones crónicas, purulentas y contagiosas, que les han llevado al islote maldito. ¡La lepra!

Nombrando el terrible mal, temblaba.

—Se ha descubierto que los mosquitos llevan el contagio—continuo.

—¿Ha visto usted a los leprosos?

—Sí; pero de lepra seca, que apenas deforma.

—Yo iré a visitar la leprosería.

—No vaya usted. El espectáculo es espantoso.

—Quiero conocer esos lazaretos.

—No los olvidará usted jamás. El hombre asiste vivo a la descomposición de su cuerpo. Pierden los ojos, pierden la figura humana; pero no se muere de lepra. La tuberculosis es la que se los lleva ordinariamente. Así acaban los destinos de la miseria, el vicio y el cautiverio. "¡Finis coronat opus!"

El sacerdote hablaba animado, hallaba acentos que me impresionaban. Le di otro poco de alcohol.

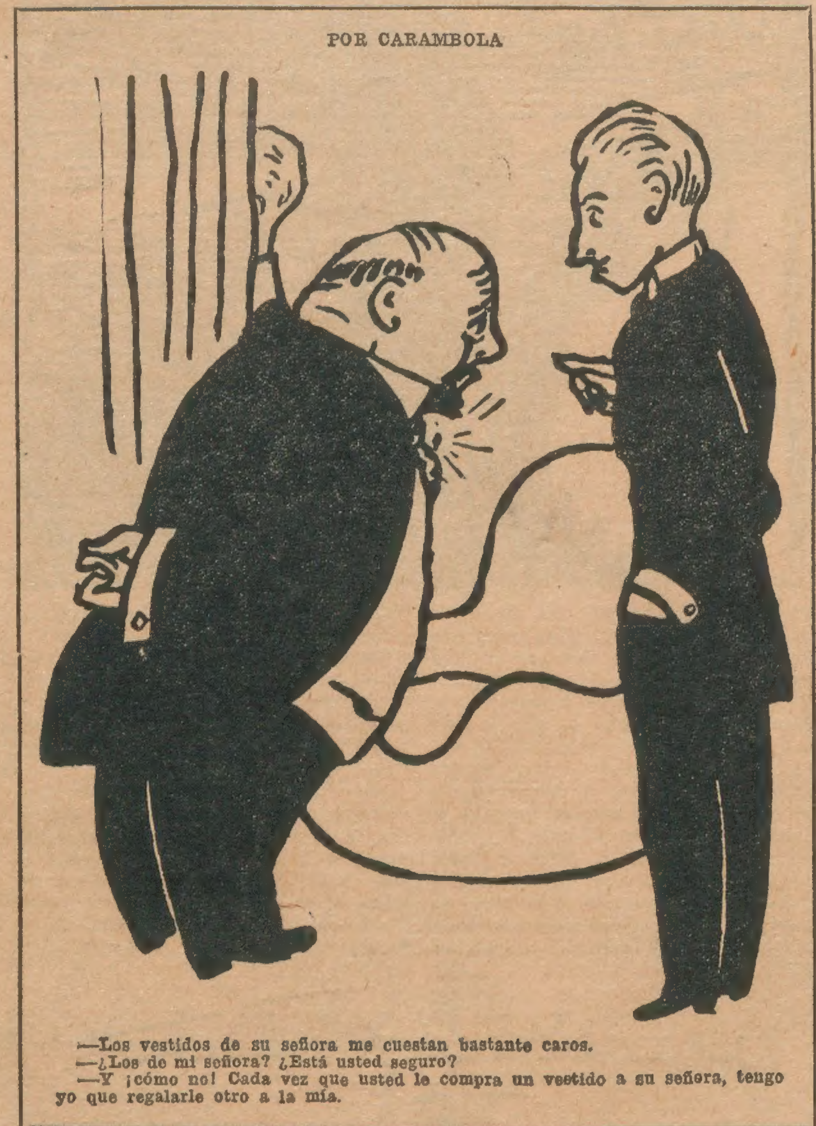
—He conocido a un hombre que para huir del presidio contrajo la lepra voluntariamente. Murió hace dos años en el Islote, después de ocho de trabajos forzados. Era un apache, de esos que en el presidio siguen siendo jefe de pandilla. Insumiso, rebelde, condenado a treinta años suplementarios de pena por peleas con los empleados. Sus tentativas de evasión fracasaron. Volvía muerto de hambre. Una mañana abrió la cabeza a un cabo y heredó seis años más de trabajos forzados, ser instalado en la sección de incorregibles, donde se muere muy pronto; pero él no murió. Un día, el bote del Islote le tomó como auxiliar, y cuando atracó a la orilla, Perroquet, que así se llamaba, saltó a tierra, a pesar de estar prohibido, y recorrió la isla, tirando al suelo a los enfermos y peleándose con las más fuertes. Uno le hizo cara y lucharon brutalmente ante los demás. Figúrese la escena. "Horresco referens". Le atacaron por fin, y tenía la nariz poco menos que arrancada por los dientes de su adversario. Llevado a San Lorenzo, cayó enfermo. El médico no se atrevía a denunciarle la enfermedad; pero él le dijo; "Tengo el "mal"; lo sé, y lo he adquirido a propósito. Hubiera querido esconder mis llagas y contagiarlas al presidio entero." Era un demonio. Durante meses y meses, todos los confinados temieron haber adquirido el "mal". Perroquet fué trasladado al Islote, y al salir de San Lorenzo gritaba: "Ya os decía que no me tendríais." Me dijeron que estaba horrible, porque la lepra suya era de las llamadas cabeza de león. Perroquet cayó en la inconsciencia, y su fin fué abominable. Tuvieron que encerrarle, y sus compañeros de dolor le echaban la comida como a un perro. Aulló llamando a la muerte durante tres días, y le hallaron una mañana con la cara metida en la arena, asfixiado.

Casaca calló. En el Islote, las luces parecían vigilantes nocturnos.

—¡Ah! Allí, los leprosos, el infierno. Aquí, la vergüenza, la miseria, el olvido. Arriba, ese cielo admirable. ¡El cielo!

Sonó un tiro.

—No se inquiete usted. Cazan a un hombre que quiere evadirse — añadió tranquilamente.



—Los vestidos de su señora me cuestan bastante caros.
—¿Los de mi señora? ¿Está usted seguro?
—Y ¡cómo no! Cada vez que usted le compra un vestido a su señora, tengo yo que regalarle otro a la mía.

PARA REDIMIRSE

del suplicio que significa padecer de hemorroides, sólo tienen un medio los que sufren esta dolorosa enfermedad: recurrir inmediatamente al uso del Noridal.

Este notable específico domina la enfermedad desde las primeras aplicaciones y consigue extirpar el mal en poco tiempo, evitando la aparición de fístulas, úlceras o gangrena por estrangulación, accidentes que exigirían una arriesgada operación quirúrgica, de posibles consecuencias graves.

El Noridal es una pomada dispuesta en pomos provistos de una cánula con orificios que distribuyen el medicamento en todos sentidos, con lo cual se evita el peligro de adquirir infecciones.

MENDEL y Cía.

Buenos Aires: Guardia Vieja, 4439

Montevideo: Cerrito, 673

El canal de Panamá

Durante el ejercicio de 1921-22, terminado en 30 de junio último, el tonelaje de carga que cruzó en ambos sentidos el canal de Panamá, ascendió a 10.091.044 toneladas. En la dirección "Atlántico-Pacífico" el tonelaje fué de toneladas 4.906.139; en la de "Pacífico-Atlántico" ascendió a 5.184.905.

Las mercancías procedentes de los países del "Atlántico" han sido, principalmente, productos manufacturados (hierros, aceros, material ferroviario, maquinaria, tejidos), carbón, cok y algodón bruto.

Las mercancías procedentes del "Pacífico" han consistido en trigo, madera de armar, nitrato, cebada, conservas de pescado, frutas y legumbres, etc. Durante el primer semestre del ejercicio, el tonelaje procedente del "Pacífico" fué mayor que el del "Atlántico"; durante el segundo semestre ha ocurrido exactamente lo contrario. Más abajo veremos las razones de esta trasposición.

He aquí un resumen, por nacionalidades, del número de buques que han cruzado el canal durante el año fiscal 1921-22, así como el tonelaje de su carga:

PAÍSES	Número de buques	Carga en tonelad.
Estados Unidos. .	1.095	4.950.519
Inglaterra	935	3.329.861
Japón.	189	1.044.515
Noruega	113	408.268
Holanda	66	290.573
Dinamarca	53	272.779
Francia.	51	139.463
Perú	60	64.370
Chile.	53	46.182
Suecia	35	141.448
Italia.	20	38.851
España.	9	23.701
Los demás países	57	134.380

El 40 por 100 de los buques son norteamericanos; también lo es el 45 por 100 de carga.

De Inglaterra son el 34 por 100 de los buques y el 30 por 100 de las mercancías transportadas.

Los derechos de tránsito abonados por cada país son:

Estados Unidos, 4.867.496 dólares; Inglaterra, 3.795.526; Japón, 872.466; Noruega, 385.007; Holanda, 293.428; Dinamarca, 227.473; Francia, 190.171; Perú, 161.930; Chile, 150.398; Suecia, 124.446; Italia, 73.393; España, 27 mil 264; los demás países, 144.448 dólares.

UN AVENTURERO REY DE CÓRCEGA

LA HISTORIA ROMÁNTICA DE TEODORO DE NEUHOFF

De las muchas aventuras políticas que Europa presenció durante el siglo XVIII, ninguna fué tan extraordinaria como el advenimiento al trono de Córcega del barón Teodoro de Neuhoff. Cuando en los comienzos de abril de 1736 corrió por Génova la noticia de que un simple barón alemán había desembarcado en Córcega y había sido proclamado rey por los descontentos de la isla, ni el dux ni el senado quisieron creerlo, tan inverosímil parecía aquello. Y sin embargo, el hecho era cierto.

Teodoro Esteban de Neuhoff, nacido en Colonia el 25 de agosto de 1694, era de familia noble, pero pobre. Su padre era un gentilhombre sin oficio ni beneficio; su madre, hija de un pañero de Lieja. Huérfano cuando era todavía un niño, la tutela de su tío el barón de Brost le valió poder ir a París como paje de la duquesa de Orleans. Gracias a ésta, al hacerse hombre consiguió el grado de teniente en una compañía de Alsacia, y luego fuése a Baviera, donde obtuvo el mando de una compañía. Pero allí se hizo jugador, y acabó por tener que renunciar a la carrera militar para refugiarse en Francia, y luego en Inglaterra, perseguido por una falange de acreedores. El haberse mezclado en la conspiración de Goertz y Gyllenborg le obligó a abandonar también las Islas Británicas, y entonces vino a España. Al turbulento Alberoni le cayó en gracia aquel aventurero, y lo tomó a su servicio. Gracias a su protección llegó a coronel, y luego, por consejo de Riperdá, casó con Lady Sársfield, condesa de Stilmanoch y dama de honor de Isabel Farnesio.

La caída de Alberoni provocó su ruina. Habiendo contraído en Madrid nuevas deudas, y no pudiendo soportar el carácter, realmente insufrible, de su mujer, abandonó secretamente la corte y pasó de nuevo a Francia, y luego a Portugal, a Holanda y a Italia. En todas partes vivía del juego o de la estafa, y de todas partes huía para no verse encarcelado por deudas o por trampas.

Presentóse en Génova en 1732, cuando aquella república llevaba dos años de lucha con los corsos sublevados contra su autoridad. Comprendiendo que en Córcega podría hacer negocio, Neuhoff conferenció con algunos de los jefes rebeldes, comprometiéndose a auxiliarles, pero, como era lógico, tuvo que salir de Génova. Embarcado para Oriente, fué hecho cautivo por los corsarios de Argel, pero apenas llegó a la costa africana, logró escapar y refugiarse en Túnez. Socorrido por el cónsul inglés, en agradecimiento le expuso sus proyectos acerca de Córcega. El cónsul no le prestó atención, pero en cambio el rey de Túnez no sólo se interesó en aquel plan, sino que dió a Neuhoff los medios que necesitaba para ponerlo en ejecución.

Cuando el aventurero desembarcó en Córcega, en Aleria, que había caído en manos de los rebeldes, fué recibido con grandes honores, conducido al palacio episcopal de Cervione, y se le concedió una guardia personal de doscientos hombres y dos piezas de artillería. El alemán, que se hacía titular grande de España, lord de Inglaterra, par de Francia, barón del Sacro Imperio y príncipe del Solio Romano, llevaba consigo un secretario, un capellán, un mayordomo, un cocinero y once criados moros. Los auxilios que había prometido a los corsos, y que en efecto fueron sacados del barco, consistían en diez cañones, cuatro mil fusiles, tres mil pares de zapatos, mil sacos de trigo y muchas otras provisiones. Todo ello valdría muy bien dos millones de ducados. Al día siguiente, atribuyéndose una autoridad que tácitamente se le reconocía, nombró tres coroneles y creó veinticinco compañías de soldados. Su energía, sus aptitudes para el mando y sus modales altivos y corteses a la vez, cautivaron a los corsos, lo mismo que su extravagante traje, compuesto de larga túnica escarlata, sombrero de picos, peluca blanca, espada al cinto y un cayado en la mano. Un mes más tarde era proclamado rey de Córcega en el convento de Alefano, bajo el nombre de Teodoro I.

En el acto de la coronación se acordó que el trono sería hereditario, prefiriéndose los varones a las hembras, e imponiendo al rey las condiciones de profesar la religión católica y residir en la isla. Establecióse una Dieta compuesta de veinticuatro miembros, que deliberarían con el rey, y se decretó la fundación de una orden de nobleza. Después de recibir el juramento de fidelidad de los jefes de la rebelión contra Génova, el rey Teodoro fué conducido al campo, donde, levantado en hombros por los soldados, recibió las aclamaciones de las tropas.

——

Entretanto, la república genovesa, que al principio tomó a risa el desembarco del aventurero en Córcega, empezó a tomar sus medidas contra él, y el 9 de mayo, el dux publicó un edicto poniendo precio a la cabeza de Teodoro I, al que calificaba de hechicero, ladrón, vagabundo, hombre de depravada conducta, seductor de los pueblos, perturbador de la paz pública, reo de traición y de lesa majestad, y por lo tanto, digno de toda clase de suplicios. Repartido este edicto por todas las ciudades corsas que permanecían fieles a la república, Teodoro contestó con un manifiesto en el que se llamaba redentor de la esclava Córcega y decretaba el secuestro de todos los genoveses que pudieran cogerse, a beneficio del tesoro. Más aún: con un ejército de diez mil hombres se apoderó de Porto Vecchio y puso sitio a Bastia, aunque sin lograr entrar en ella.

Entretanto, entre los súbditos del nuevo rey empezaba a cundir el descontento. Les había prometido el auxilio de Inglaterra, y aquel auxilio no llegaba nunca. Dentro del partido corso se formó un partido contra Neuhoff, y uno de los oficiales de éste fué arcabuceado por aquella nueva facción. Sin embargo, el aventurero lograba nuevos triunfos sobre Génova, y confiado en su trono obraba como un verdadero monarca. Hizo acuñar moneda, y creó la orden de la Liberación, cuyos caballeros vestían de azul y estaban obligados a recitar todos los días dos salmos y a desnudar la espada en misa, al llegar al Evangelio.

Pero las guerras exigen mucho dinero; la naciente monarquía se arruinaba, y Teodoro se comprometió a pasar en persona al continente para buscar nuevos auxilios. No fué, en verdad, muy digna de un rey su salida de Córcega. Es cierto que le acompañó hasta el barco toda su minúscula corte, pero tuvo que hacerse a la mar disfrazado de abate y con bandera francesa, para no ser hecho prisionero por los barcos genoveses.

Después de recorrer parte de Italia, pasó por París y estuvo en Inglaterra y en Holanda, acabando por establecerse en Amsterdam, donde un buen día fué llevado a la cárcel a petición de sus antiguos acreedores. Algunos infelices engañados, interesados por la causa de Teodoro, o más bien por la de Córcega, pagaron sus deudas y obtuvieron su libertad, y aún le facilitaron dinero y otros auxilios que el rey se apresuró a enviar a Córcega para mantener vivo el entusiasmo de sus súbditos. Realmente lo necesitaba, pues su vida en el continente no podía ser más miserable, siempre cambiando de residencia y de disfraz para escapar a los asesinos pagados por Génova, que a todas partes le seguían.

A todo esto, y en vista de que sus propias fuerzas no le bastaban para dominar la insurrección, Génova llamó en su auxilio a Francia. Neuhoff se apresuró a buscar armas y dinero. Obtuvo de España las primeras y el segundo de Alemania, y con ello volvió a Córcega, en medio del entusiasmo de los isleños. Mas en el momento de ir a desembarcar, algunos buques franceses se presentaron con tropas para prenderle, y creyéndose perdido huyó a toda vela hacia Nápoles. Aquella fuga fué su ruina.

——

Creyéndose traicionados, los corsos renegaron de su rey, y éste comenzó una verdadera peregrinación por toda Europa, solicitando primero auxilio para recuperar su corona, y ofreciéndola luego al mejor postor sin encontrar quien le diese dos cuartos por ella. En Roma vivió algún tiempo, y tuvo que huir disfrazado de mujer para no ser asesinado. Establecido en Londres, al principio pudo encontrar quien le prestase dinero para darse vida de grande, pero después de ir dos o tres veces a la cárcel por deudas, murió en la mayor miseria en casa de un sastre que le había recogido. Un mantequero vanidoso pagó el entierro muy orgulloso del honor de dar sepultura a un rey. El ataúd fué arrojado a la fosa común, y Lord Walpole le dedicó un epitafio en el que el pobre Teodoro y su breve reinado eran objeto de las más sangrientas burlas.



EL DESNUDO EN EL TEATRO



—¿Y por qué no ponen también una malla en el cráneo del director de orquesta?

Los diamantes negros

Todos cuantos pintan a Simón Bolívar describen como lo más subyugador de su persona el brillo y el imperio de su mirada, comparando sus pupilas a dos diamantes negros. Estos dos diamantes negros que recoge la inmortalidad en sus suntuosos terciopelos, alumbran las páginas de la historia de América con resplandores estelares. Son ellos la cifra y el sello de la raza. En las horas de amor denuncian sensualidades y melancolías de árabe; en los arrebatos de la ira esplenden con crueldades africanas y punzan y cortan como espadas de Toledo; y en las sublimidades del sueño fulguran con destellos febriles de mártires, santos y visionarios. La raza española tiene su trono en la luz de esas pupilas. Hay amor, dolor, crueldad, sueño molicie, locura, santidad, en ese ramillete de lumbres que son las pupilas del Libertador. Ignacio de Loyola y Teresa de Jesús, Rodrigo de Vivar y Averroes, Felipe Segundo y Amín, Lope de Aguirre y Alfonso el Sabio, hablan, dominan, sueñan y miran a través de esos dos diamantes negros, que desde el nocturno fondo de los siglos parece que todavía alumbran hacia el futuro nuevas rutas de luz a las empresas gloriosas de la raza.

Alejandro FERNÁNDEZ GARCÍA.

PUCHITOS

En Francia se proyecta crear una Lotería Nacional, parecida a la nuestra, a fin de colmar el déficit creciente del presupuesto del Estado. Se recuerda que ya en tiempos desde Francisco I a Carlos X, los monarcas recurrieron a ese medio para obtener fondos. El proyecto tiene adversarios irreductibles que hacen valer todas las opiniones, aún las más antiguas, como la siguiente de Mirabeau: "La lotería precipita en todas las calamidades del vicio y de la miseria a las clases laboriosas del pueblo. Es una institución execrable, destinada a chocar con todos los principios de la moral social en el grado en que viola todas las proporciones de la aritmética, perjudica al pueblo, cuyas costumbres y subsistencia amenaza sin cesar, destruye el amor al trabajo, introduce el fraude y la infidelidad, engendra el robo, el asesinato, el delito en general, y pone la inocencia y el bienestar de los hombres al precio miserable de algunos millones."

* * *

Guillermo Booth, fundador y general del Ejército de Salvación, más ilustre y venerable ciertamente que los generales militares, comenzó su apostolado a la edad de treinta y seis años. Un día de julio de 1865, subido en un mojón de un barrio de Londres donde reinaba una miseria espantosa, arengó a la multitud que no tardó en reunirse alrededor de ese orador que nadie conocía. Su traje pobre y viejo no le diferenciaba de sus oyentes. Le escucharon con paciencia, pero cuando el orador incitó a los circunstantes a elevar una plegaria junto con él, le tiraron piedras. Esta acogida brutal, en vez de desalentarle, fué lo que le decidió a persistir en sus esfuerzos.

* * *

Dicen que cada ciudad tiene su olor peculiar. El de Londres era hasta hace pocos años un olor a caballo, mezclado, en ciertos barrios, con olor a pescado frito. Pero, en la actualidad, probablemente a causa del creciente empleo de la tracción mecánica, el olor que predomina es el de la nafta quemada. Efectivamente, el ambiente londinense está impregnado de vapores de petróleo y como éstos tienen efecto ruinoso en las ropas, su presencia se hace notar en los uniformes de los policemen, que pierden el color mucho más rápidamente que antes.

* * *

Un león o un tigre huye de un ser humano si lo ve por vez primera y si es de día, pues de noche esos felinos se arriesgan a atacarlo a traición.

* * *

Según información de una revista científica, un inventor de Bohemia ha logrado fabricar una clase de vidrio que no se rompe. Durante las pruebas de este nuevo material, se arrojó desde una altura de cuatro metros platos fabricados con él, y fueron recogidos íntegros. Una fuente de poco espesor hecha con el mismo vidrio soportó perfectamente la temperatura de 750 grados Farenheit a que se la sometió en un horno. En otro recipiente del mismo vidrio se fundió estaño, y se utilizó un martillo de ese vidrio no quebradizo para clavar en madera.

* * *

En los Estados Unidos existe una oficina de correos para cada cincuenta y ocho millas cuadradas de territorio.

* * *

En algunas calles de la ciudad francesa de Deauville se ha ahondado el terreno, a determinados trechos, a manera de zanjas de escasa profundidad, con objeto de contener los excesos de velocidad de los automovilistas. En efecto, esas depresiones son salvadas fácilmente si el auto va a velocidad moderada, pero pueden ser peligrosas si se acelera demasiado la marcha.

* * *

La ciudad norteamericana de Atlantic gana constantemente terreno al mar. El terreno, antes cubierto por las aguas e incorporado a la ciudad en los últimos años, tiene un valor de muchos millones de dólares. Actualmente se ve a quinientos metros de la costa y rodeado de calles pavimentadas un faro que en otro tiempo desafiaba la furia de las olas.

* * *

El marqués de Favieres tenía la costumbre de pedir plata prestada a todo el mundo, aunque había perdido tempranamente la costumbre de devolverla. Un día se presentó al banquero Samuel Bernard y le dijo:

—Señor: voy a sorprenderle. Soy el marqués de Favieres; no le conozco y vengo a pedirle prestados quinientos luisse.

Bernard repuso:

– Señor: voy a sorprenderle mucho más. Le conozco a usted... y voy a prestárselos.

En las últimas exposiciones de escultura que han tenido lugar en París, ha sido muy celebrado el joven escultor español Mateo Hernández, quien, a más de sus bustos, expuso curiosísimos animales esculpidos en granito negro, un hipopótamo y una foca, que llamaron mucho la atención de los "amateurs" y de los críticos.

* * *

Una de las prácticas supersticiosas más antiguas para tener suerte, consiste en calzarse primero el pie derecho y en entrar en una casa con el mismo pie. En la antigua Roma, Trimalción tenía un esclavo en la puerta para advertir a los visitantes que debían entrar "dextero pede."

* * *

España fué la primera nación que equipó a la infantería con mosquetes.

En las bodas judías, la novia se coloca a la derecha del novio, mientras en todos los demás pueblos del mundo el ceremonial exige que se coloque a la izquierda.

* * *

En lugar de ser el pintado la última operación a que se somete la madera después de labrada, hoy se le puede dar el color que se desee antes de pasar a manos del carpintero, extrayendo la savia por presión, y dándole color de ébano, palo rosa, nogal u otro cualquiera, antes de que se seque.

* * *

Para aprovechar el marfil de sus colmillos, se matan anualmente alrededor de setenta mil elefantes.



No tengo ganas de trabajar; tengo la cabeza pesada; las ideas no me vienen; me echaría a dormir todo el día.

¿Qué quiere decir esto? ¿Es acaso normal que esté así un hombre sano?

¡No, no y no!

Este hombre pasa por un momento de debilidad, debe reaccionar, no solamente para sí, sino también para los que le rodean y que se aflijen de verle en ese estado.

Para ayudarlo a reaccionar, está la

NUCLEODYNE

(EL TÓNICO QUE DA FUERZA)

que tomado a las dosis indicadas, en pocos días le devolverá su coraje y sus bríos.

La **NUCLEODYNE**, que hoy por hoy es probablemente el mejor medicamento tónico que existe en farmacia, contiene fósforo fisiológico, que es el alimento de las células del cuerpo; estricnina, tónico por excelencia de los nervios, y zumo vital de toros, que favorece la función de todas las glándulas del cuerpo.

Nosotros tenemos mucha fe en la **NUCLEODYNE**, pues ha sido creada y preparada en nuestros laboratorios.

Farmacia Franco - Inglesa

LA MAYOR DEL MUNDO

SARMIENTO y FLORIDA — BUENOS AIRES



MOTIVOS PORTEÑOS



Un paseo matinal por la avenida Ernesto Tornquist, a orillas del Lago de Regatas.



Detalle del bosque que bordea dicho lago.

Fots. Cobianchi.



EL IX SALÓN DE ACUARELISTAS

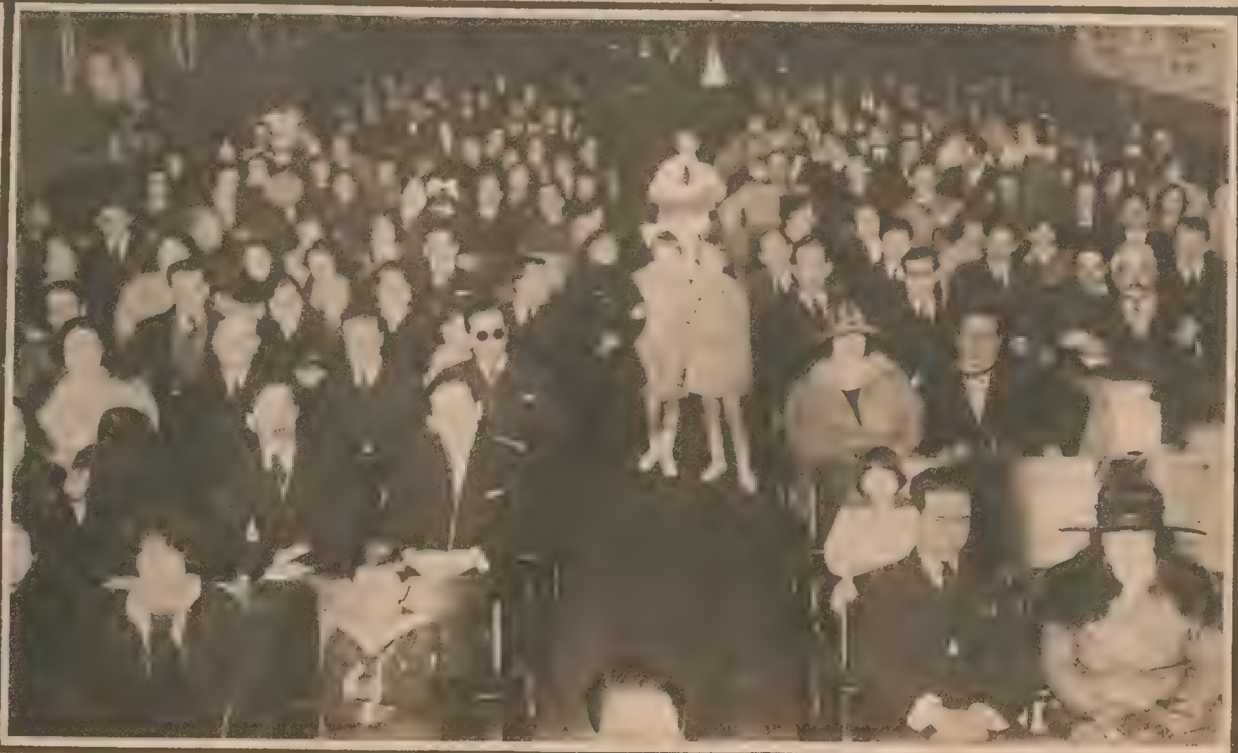


Con asistencia del presidente de la República, se inauguró el martes de la semana anterior, el IX Salón de Acuarelistas, Pastelistas y Aguafuertistas. — El doctor Alvear con el doctor Cupertino del Campo y un grupo de alumnas de la Academia Nacional de Bellas Artes.



Alumnas de la citada academia que ofrecieron un ramo de flores al presidente Alvear.

LIGA PATRIÓTICA ARGENTINA



La brigada 10.ª recientemente organizó un festival con motivo de las próximas fiestas mayas. El acto se realizó en el Salón-teatro de la avenida La Plata.— La concurrencia.







Fallecimiento de Eduardo Alejandro Holmberg



Artista, periodista, literato, profesor, hombre de ciencias, consagrado a hondos e insospechados estudios de arqueología americana, de historia natural y de astronomía, para Eduardo Alejandro Holmberg, espíritu superior y profundamente inquieto, que acaba de abandonarnos a los 47 años, en la plena madurez del talento, puede decirse que no había campo vedado dentro de lo accesible a nuestra inteligencia. Su muerte prematura, cuando sus mejores cuadros, sus más bellas páginas o sus más interesantes descubrimientos científicos aún permanecían esbozados, sin seguir todavía el camino triunfal de "Flor de las nieves" o de sus hermosas descripciones de la naturaleza argentina, enluta a toda su generación, que no ha de olvidar el ejemplo de su noble vida, consagrada al culto de la belleza y al sagrado amor de la naturaleza.



Señor Eduardo A. Holmberg.

El cortejo fúnebre entrando en el cementerio de la Recoleta.

El mayor von Der Becke, leyendo su discurso, en el acto de la inhumación de los restos del extinto, que fué profesor del Colegio Militar, donde era estimado y querido.

EL FOOTBALL EN EL INTERIOR





Mercedes (San Luis).—A la izquierda: el team de "Estudiantes" que venció a "Sportivo Mercedes" (3 a 2), en reñido partido, cuyo premio lo constituían once medallas de plata; a la derecha: el team perdedor.

Fot. A. E. del Pino.



NOTA SOCIAL DE LA CAPITAL PAMPEANA



Santa Rosa. — Señoritas Emilia y Aurora Gaich.

Un hermoso aspecto se ofrece los días domingo, a la hora de la retreta, en la plaza Mitre, e igualmente a la salida de la misa de las 10, donde se ven animados grupos de distinguidas familias y parleras reuniones de bellas chicas en el improvisado desfile que, con ambos motivos, se realiza en el hermoso paseo de una de las aceras de dicha plaza, punto de reunión preferido por el mundo elegante santarroseño, y, muy especialmente, por las representantes del sexo débil.

Allí se inician la mayor parte de los "flirts", porque a las chicas santarroseñas les gustan que las admiren, y en aquel paseo siempre se ven escoltadas por animadas "barras" de rendidos admiradores.



Señoritas Berta Arévalo Ferrer y Modarelli, a la salida de misa de 10.



Señoritas Julia, Celia y Lola Branca, con el joven Anderson, en amable charla, en la plaza Alsina.



Hermoso paseo en el parque Independencia, lugar preferido por el mundo elegante y social de la capital pampeana.



Señoritas de Monmany y Badía.



Señoritas Ida y Elena Cerquetti.



Señora Casás de Torres, señorita Enriqueta Bonet y comandante Baldomero Tellés, ex gobernador de La Pampa.



Señoritas Josefa, Elina y Elvira Modarelli.



Señora Blanca de Valerga, señorita de Martínez y señor Manuel Valerga.

Fots. Diógenes Quiroga.



ALREDEDOR DEL MUNDO





Tan importante como los grandes clásicos europeos es, en los círculos deportivos del Norte de Africa, el Derby del Desierto, que se corre en Biskra, Argelia, una vez por año; la presente fotografía muestra la llegada de esa prueba en el año actual; los jinetes son "spahis", soldados coloniales franceses, y los caballos de raza árabe pura.



El cuidado de la belleza femenina ha llegado a ser un arte tan exigente que para obtener la llamada "ondulación permanente del cabello" una dama necesita someterse a este complicado aparato eléctrico.



Los turistas del Parque Nacional Rainier, en los Estados Unidos, que comprende vasta extensión de bosques y montañas, entretienen sus ocios en una "resbalada" colectiva en la pendiente de un ventisquero en formación, para lo cual se han impregnado de aceite de parafina la parte trasera de sus "breeches".





Arriba.—Gracias a un dispositivo científico que emite rayos violetas, la parisiense que no puede pasar una temporada de playa, recibe en su casa los beneficios de una cura solar como en el mejor de los climas y al aire libre.



En círculo.—Carlos O'Donnell, de diez meses, de Nueva York, primer premio de la exposición de puericultura,—organizada por el Departamento de Higiene,—por la armonía de su desarrollo físico y su floreciente salud.



Un circo norteamericano ha logrado reunir nada menos que seis elefantitos destinados a la profesión circense. Los instruye un elefante veterano de las tablas, al cual obedecen los novatos con ejemplar sumisión.





EN EL SALÓN CHANDLER



Durante la apertura de la exposición de obras pictóricas de la señora Ana María Furió de Iguain y de las señoritas Elisa Olivari, Margarita Roux Bonnet y Antonia Ventura y Verazzi.

UN BUEN ÉXITO TEATRAL: JUAN MOREIRA



Dos escenas de Juan Moreira, obra que constituye una evocación del romance popular, de que es autor el señor Alberto Vaccarezza y que ha sido recientemente estrenada en el teatro Nacional, por la compañía Carcavallo, obteniendo un franco éxito.

ACTUALIDAD CINEMATOGRÁFICA



Un pasaje de la película "Se reparte a domicilio", en la que corresponde a Charles Ray el principal papel, últimamente exhibida en nuestros principales cines.

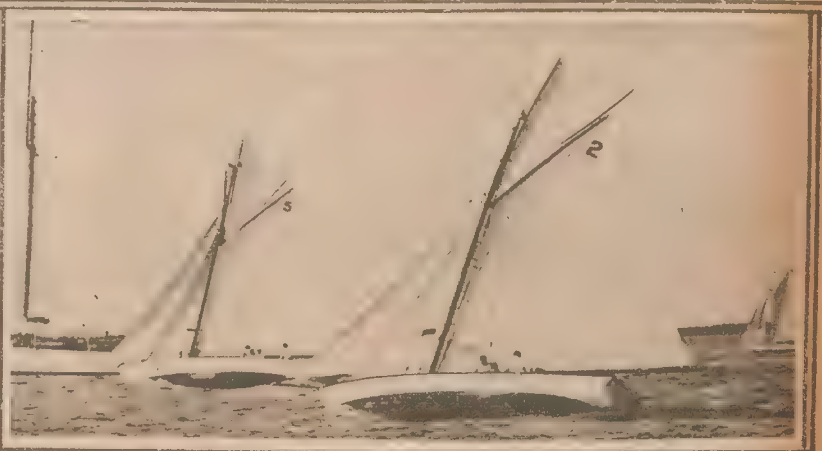
LA SEMANA ROSARIO
DEL
YACHT CLUB ARGENTINO



Tripulación del "Racha", compuesta por los señores Juan Carlos Milberg, Emiliano Aguirre, S. Parera, Rolando Aguirre y Rodríguez Lubary.



"Racha", ganador de la copa Manfredi, durante el desarrollo de las dos regatas, disputadas en el mismo tiempo.



El "Macá" y el "Racha", disputando el trofeo donado por el señor Santos Manfredi.



El vicegobernador de la provincia, señor Clorindo Mendieta, el intendente municipal señor Alfredo J. Rouillon y varias distinguidas familias de la localidad, en pose para "Fray Mocho".



El timonel señor José Buzzo.



Otro interesante grupo de familias que presenciaron las regatas, acompañadas de las autoridades del Yacht Club Argentino.

Fots. Cornet y Aranda.



"Es de importancia fundamental para la eficacia del Ejército lo referente al material bélico de que dispone, y en este sentido me es forzoso confesar que el estado actual del mismo no responde, no sólo a los adelantos de la industria, sino que está muy distante de ser equivalente, en características, al que posee la mayor parte de las Naciones sudamericanas."

Marcelo T. de ALVEAR. (De su primer mensaje presidencial.)



Las baterías de nuestros regimientos de artillería de campaña, actualmente tienen en uso cañones Krupp, calibre 7.5,-L. 28, anticuado. En cambio, Chile recibió recientemente, o sea cuando sesionaba la Conferencia Panamericana, su moderno material de artillería Schneider, que constituye la última palabra en la materia.



En lo que se refiere a ametralladoras, tampoco puede señalarse ningún adelanto, puesto que las que utiliza nuestro ejército, están consideradas como piezas de museo, en cuanto a eficiencia miltar.



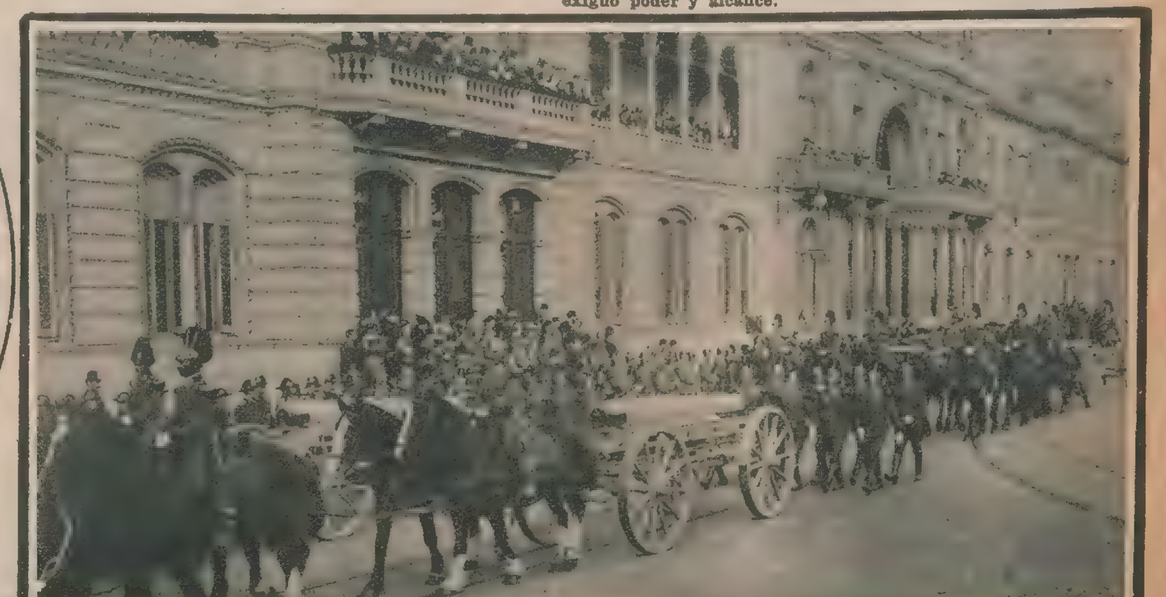
La República de Chile acaba de reemplazar su vieja artillería de montaña, por elementos de último sistema, mientras la Argentina continúa provista de las venerables piezas que se distinguen por su exiguo poder y alcance.



La artillería encargada de la defensa de Puerto Militar, se halla constituida por arcaicos cañones Krupp, de 24 centímetros y de tiro lento, inaptos para los fines defensivos a que se les destina.







Las piezas que forman nuestra artillería de sitio, serían desechadas hasta por la República... de Andorra. El Brasil, a este respecto, posee un material moderno y respetabilísimo.



Por no ser menos, el material correspondiente a las unidades de pontoneros y zapadores, adquirido hace varios lustros, deja mucho que desear.



En lo único que podemos igualarnos a nuestros vecinos, es en el armamento de la infantería, dotada de fusiles máuser, modelo argentino, año 1909.



También podemos darnos por satisfechos en cuando a ganado, lanzas y carabinas de los regimientos de caballería; pero el saldo en contra que arroja el balance, es desastroso y exige la inmediata renovación del material inservible.

(Nota compuesta por J. Kimball; fotografías de Márquez, Cobianchi y Black Lanús.)



ASSOCIAZIONE ITALIANA PRO SCHOLA



Un grupo de concurrentes a la fiesta organizada por la comisión femenina de la Associazione Italiana Pro Schola y realizada a bordo del "Conte Verde", con asistencia del ministro de Italia, conde Colli di Felizzano y de su señora esposa.



Otro núcleo de familias que asistieron al acto

"FRAY MOCHO" EN SAN LUIS



Empleados del F. C. P., sección Tráfico, festejando el día de los trabajadores.



Automóvil de propaganda utilizado por el partido socialista, durante las recientes elecciones de intendente municipal.



El nuevo intendente municipal de San Luis, doctor Próspero Cantisani, candidato triunfante del partido Liberal.



Durante la proclamación del candidato a intendente municipal sostenido por el partido Radical, doctor Nicolás Di Genaro (X).



Señor José María Avila, joven de 20 años de edad y 1.90 metros de altura y fuerte boxeador puntano, que efectuará en Buenos Aires varias exhibiciones.

Fots. La Vía.



NOTAS MUNDANAS



La señorita Cora Ambrosetti y el señor Ernesto B. Pemberton, después de la ceremonia de su enlace matrimonial, efectuado el 9 del actual. Acompañan a los desposados los padrinos, señora María Elena Holmberg de Ambrosetti y señor Tomás Abrosetti, por la novia; y señora María Jacinta Pemberton de Blas y señor Horacio C. Pemberton, por el novio.



La señorita Carmen Pedezert y el doctor Emilio González, cuyo matrimonio se efectuó recientemente.



Enlace de la señorita Flora Rodríguez, con el señor Eugenio Rey Sotelo. Los contrayentes después de la ceremonia nupcial.



La señorita Lucía Ustariz, cuyo matrimonio con el señor Mariano López Goitía se llevó a efecto recientemente.



Lomas de Zamora. — Enlace Larrumbe-Enz. Los novios después del acto matrimonial.





La señorita María Amelia de Madrid, que últimamente se desposó con don Alfredo Augusto Piazza.



Lomas de Zamora.— La señorita Juana M. Larralde que acaba de contraer matrimonio con don Ernesto Fornelli.



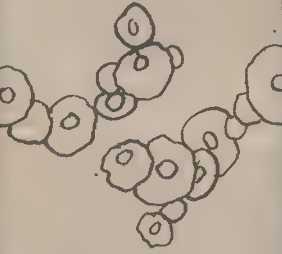
Señorita Lola E. Newton, que el día 5 del actual contrajo enlace con don Héctor Germán Ruiz Díaz.



Señorita María Yolanda Staglianó, cuyo matrimonio con el doctor Pedro V. Pelento tuvo efecto el 12 del corriente.



Señorita Isidora Dolores Zeballos, que el día 7 del mes en curso, realizó su enlace con el señor Ireneo V. Zocca.





Señorita María Esther Evangelista cuyo desposorio con don Juan De Sarro, se efectuó recientemente.



DE TODO UN POCO



La señorita Genoveva Durand, dactilógrafa de París, que ha sido elegida como belleza representativa del Segundo Distrito, honor que equivale a la antigua Reina del Carnaval, ya suprimida de las costumbres parisienses.





Por medio de un ingenioso aparato, el pagador general de una compañía ferroviaria de San Francisco, firma al mismo tiempo cinco cheques, lo que le permite poner su firma autógrafa en 115.000 cheques por mes.



Henry Croppinger, empleado de un criadero de cocodrilos de Miami (Filadelfia), en la peligrosa hazaña de alcanzar a nado y capturar a un cocodrilo que de una dentellada puede dejarlo estropeado.



Como su pequeño templo no posee órgano, el párroco de la iglesia presbiteriana de Fort George (E. U.), ha instalado económicamente un autoparlante radiotelefónico que reproduce la música ejecutada en uno de los principales templos de Nueva York.



Un ejemplar típico del artista bohemio de París, es este señor, que con la romántica indumentaria del gremio y su romántica pobreza, expone sus obras, no geniales todavía, en plena vía pública.



La caja registradora más grande del mundo, construída para anotar los progresos de una colecta en favor de la Universidad de California del Sur. Cada número aparece en la ventanilla acompañado por una señorita, alumna de la institución.

BIBLIOGRAFÍA

GENTE MENUDA



Nuestro distinguido colaborador, don Antonio Guardiola, talentoso escritor español, y autor de la novela "El amor del alma", recientemente aparecida, que ha merecido los elogios de la crítica.



Señor Samuel de Madrid, colaborador de "Fray Mocho" e inspirado poeta argentino, cuyo libro de poesías "Las horas que van pasando", ha constituído un éxito literario.



Cletito Santa Coloma.

CÁMARA SINDICAL DEL MERCADO DE ABASTO



Cabecera de la mesa en el banquete recientemente efectuado en la Cámara Sindical del Mercado de Abasto, con cuyo acto se festejó el primer aniversario del funcionamiento de la concentración general de aves y la iniciación de las operaciones comerciales de abasto, en forma de Bolsa.

DEL INTERIOR.— COLONIA SAN MIGUEL



Grupo de agricultores radicados en colonia San Miguel, que organizaron una demostración en honor del señor Rafael Giménez, con motivo de ausentarse de dicha colonia.



TEATROS Y CONCIERTOS

De los territorios nacionales



Vicente Mauri, primer actor de la compañía de revistas españolas, que actúa en el teatro San Martín.



El maestro Andrés Gaos, que realizó un concierto en el que presentó a varios de sus alumnos, obteniendo un brillante éxito.



General Pico.—El doctor Norberto C. Torres, nuevo intendente municipal de General Pico, cuya elección se efectuó recientemente.



Los nuevos concejales que se incorporan a la comuna de dicha ciudad, señores Jaime Ruiz, Pedro Banandi y Alejandro Boles, acompañados del intendente, doctor Norberto C. Torres y secretario, señor Ramírez.



Público y afiliados al partido Socialista de General Pico, escuchando la conferencia pública pronunciada el día 1.º de mayo, por los delegados del Centro Socialista, de Bahía Blanca, señores Domínguez y Zamudio.

Fots. Diógenes Quiroga.

ESTACIÓN MARÍA GRANDE (Entre Ríos)



Concurrentes a la fiesta campestre con la cual se conmemoró la fecha del 1.º de mayo.

Fot. S. Rezett.

SAN JUSTO (Santa Fe)



Los esposos Neme-Camacho rodeados de sus hijos, el día en que cumplieron sus bodas de plata matrimoniales.

Fot. A. S. Bon.



"FRAY MOCHO" EN MERCEDES, (San Luis)



Grupo de obreros que concurrieron al banquete dado por el señor Luoni, en su residencia particular, festejando el 1º de Mayo.



Durante el pic nic organizado por los horticultores del municipio, en honor del comisionado municipal, señor Rolando. El acto tuvo lugar en la Dársena.



El comisionado municipal, señor Rolando, en cuyo homenaje se realizó la fiesta, acompañado de la comisión organizadora que presidió el señor Polachi.



El agrónomo regional, señor Sisterna, dando una conferencia a los agricultores concurrentes al acto, que versó sobre la producción y riqueza de la provincia de San Luis.

Fots. Anucci.



LAS SEÑORAS QUE ABANDONAN

los cuidados de su cutis, renuncian, de hecho, a la belleza física. Por el contrario, las que se preocupan de la piel del rostro, ostentan siempre encantos y atractivos faciales. Con el uso diario del POLVO GRASEOSO

LEICHNER

se consigue la posesión de un cutis fresco, suave, delicado y transparente, que comunica a la cara de la mujer el natural hechizo de la juventud y belleza femeninas.

GUARDIA VIEJA, 4439. Buenos Aires. — MENDEL y Cía. — CERRITO, 673. Montevideo.

LA YUNTA, por Federico A. GUTIÉRREZ

I

—Gavilán...

La pampa, aquel invierno, parecía un obrero sin trabajo; no por eso, precisamente, sino porque estaba muerta de frío. Los rayos del sol se helaban en la inmensa llanura, esforzándose por matizar con un poco de brillo el oro de las parvas, en el seno de los trigales.

—Vamo, Gavilán...

Era inútil; cuando mucho, el trotecito zumbón, a tantos pasos por cuadra, ni uno más ni uno menos. Parecía un caballo o lo que es lo mismo, servía de tal, desde el amanecer; un verdadero hombre de trabajo, con cuatro patas, naturalmente.

Por uno de esos azares de la vida, cayó en manos de un infeliz que no tenía hogar ni mujer ni parientes ni relaciones. Se llamaba Leandro y baste decir que no sólo era pobre, sino que estaba acostumbrado a serlo, como algunas personas acostumbran a tomar chocolate todos los días. En el pueblo unos le llamaban "Don Leandro" y nunca llegó a ofenderse; y otros lo llamaban "marchante", porque en el lomo de Gavilán había establecido un negocio de yuyos medicinales: apio cimarrón para la cabeza, amapola para hacer buches, gramilla para refrescar la sangre, barba de choclo para los riñones y palán-palán para curar las heridas.

—Mirá, Gavilán...

Se conocieron una mañana, sin ser presentados ni preocuparse de los antecedentes. Gavilán ya era caballo y el otro un poco menos. El campo estaba como en una apoteosis de luz, abierto a pleno sol en la inconmensurable lejanía.

—Velay, cuánto trigo...—pensaba Leandro.

—Pucha, cuánta alfalfita...—pensaba Gavilán, con los ojos encandilados.

Por ese entonces, se apreciaba poco el trabajo de Leandro en el pueblo. Como no tenía oficio, los desempeñaba todos; igual baldeaba un tanque o rellenaba un camino, que construía un horno o limpiaba unas guarniciones.

—¿Andás buscando qué hacer?... —le preguntaba a lo mejor el mayordomo de un establecimiento.

—Sí, pues...

—Güeno, tusáme esos caballos...

Y de los caballos pasaba a la limpieza de un cardal, le daba una mano de pintura al sulky, trenzaba unas lonjas, perseguía a las vizcachas, en una paciente labor de resignado, que, a los ojos de todos, parecía un agradable entretenimiento.

—Vean al viejo, de puro aburrido se pone a trabajar...—solía decir alguno de los peones. Y cuando Leandro atisbaba desde un rincón al mayordomo, era que ya no quedaba nada por hacer.

—Vení, te voy a regalar unos pesos...

—Gracias; y ya sabe, ¿no?, cuando me precise pa algún mandao...

El dinero iba sin contar al tirador, porque nadie tiene derecho a discutir el trabajo que se concede como una limosna; diez pesos, por cuarenta o cincuenta días o sea lo necesario para un par de bombachas, un pañuelo de algodón y unos paquetes de cigarrillos. Por lo demás, es conveniente tener en cuenta que todos estos oficios los desempeñaba sin saber leer y escribir y que Leandro era un hombre que no tenía hogar ni mujer ni parientes ni relaciones.

II

En aquella mañana de frío, Leandro decidió cambiar de estancia, al cabo de tres meses de "entretenimiento"; ya lo había hecho todo, a ambos lados de la tranquera. El pobre Gavilán, atado del cabestro, bostezaba, como aburrido de su vida llena de obligaciones. Cada vez que empezaba a pastar, hundiendo el belfo entre la hierba húmeda de rocío, lo montaba un peón, para ir en busca de la correspondencia o de los alimentos.

—¿Qué decís, Gavilán?...—le preguntó, acariciándole una oreja.

El viejo caballito continuó indiferente. Por supuesto que él no se consideraba un caballo como los demás, útil para un paseo o para una carrera, pero hay que ver que ellos tampoco hacían la décima parte de sus obligaciones.

—¿No sabís que aurita me voy, Gavilán?...—volvió a hablarle, clavándole los ojos.

Daba lástima verlo, con el anca de punta, la crin hecho un escobillón, las costillas transparentes y todo el cuerpo lleno de lamparones. Leandro lo contempló unos instantes y luego de penetrar en el depósito de las herramientas, salió armado de una tijera de tusar, una rasqueta y un cepillo.

—Qué vida la de nosotros, los pobres...—dijo entre dientes, disponiéndose a iniciar la tarea.

El animal volvió hacia él los ojos, como ruborizado, en la certidumbre de que su miseria se curaba por dentro antes que por fuera, con un poco de libertad todos los días. Pero se resignó, mansamente, por tratarse de la única persona que le profesaba sincera amistad.

En más de una ocasión, Leandro le había hecho servicios inestimables, de esos que se recuerdan hasta más allá de la muerte. Un día, por ejemplo, el campo se resquebrajaba bajo la acción del sol, como si fuera un horno de ladrillos. Y cuando Gavilán creía carbonizarse, atado a un poste, en medio de la tierra pelada, la mano cariñosa del amigo lo condujo a la sombra de la arboleda. ¿Y cómo no agradecerle, también, la buena voluntad con que le traía, de vez en cuando, un poco de maíz, a escondidas del mayordomo?... Se lo brindaba en su propia mano, como una golosina...

Musitó un relincho sordo y se quedó embebido, contemplando la verde tonalidad de la llanura. Un perfume de trébol venía desde lejos, a manera de aperitivo.

—Cha, que son malos los hombres...

Con los primeros tijeretazos, el animal quedó desconocido; y cuando le cortó la cola a mitad de las patas, casi parecía una persona de relativo bienestar. La rasqueta tropezaba con los nudos de barro de la cerda; y el cuero, en fuerza de curtirse al sol y al agua, había adquirido la consistencia de una chapa de cinc, arqueada en el armazón y con las correspondientes canaletas de las costillas.

De improviso Leandro quedó como asaltado por una duda, y le dijo:

—Gavilán... ¿Gavilán de qué, te llamás vos?... Decíme tu apelativo, viejo, porque, a lo mejor, va a risultar que somos de la mesma familia...

Iba a terminar con una pasada de cepillo la limpieza del compañero, cuando el ruido de unos pasos le hizo volver la cabeza. No atinó más que a descubrirse, humildemente:

—Güenos días, patrón...

—Me ha dicho el mayordomo que te vas...

—Si usté no manda otra cosa...

—¿Y cuánto tiempo has estao?...

—Va pa los tres meses...

Una mirada del estanciero, que comprendió Leandro, le hizo fijar los ojos en el caballito, precisamente cuando el pobre, desesperado de ganas de comer, doblaba soñoliento las rodillas.

—Lo has dejao hecho un mascarón...

—Estaba a la miseria...

—Es voluntarioso...

—Si lo querés, te lo regalo, a cuenta'e los tres meses...

—Güeno, patrón...

A campo traviesa, Leandro salvó en el Gavilán, por última vez, el trayecto del pueblo, no sin antes detenerse un cuarto de hora en un alfalfar que se extendía a la derecha del camino.

—Aura somos dos...—pensó nuestro hombre, mordiendo a su vez un cogollo de alfalfa; y después se puso a contemplar, como en un éxtasis, el panorama verde y azul luminoso de la llanura, que parecía libre sólo por lo inconmensurable...

III

Como todo estaba ya distribuído, era el caso de buscar un metro de tierra en otro sitio que no fuese la tierra. A lomos de Gavilán hizo una visita al pueblo y se detuvo media hora en un almacén de comestibles.

—¿Qué anda haciendo, Leandro?... —le preguntó el sargento de policía.

—Ya lo ve, mi jefe, comprando provisiones...

Y cuando se enteró de que buscaba alojamiento o trabajo, pareció interesarse por su suerte. Le tenía cariño a fuerza de conocerlo bien, en los muchos años que arrastraba su orfandad por aquel pueblo de la provincia.

—¿Usté conoce el rancho ande vivía Ludueña?...

—En el pajonal, pues...

—Mesmamente...

—Hum...

Guardaron silencio; el Gavilán escuchaba la conversación, observando al sargento, como si ya quisiera empezar a vincularse con las relaciones de su amigo.

—Güeno, ta abandonao....—dijo el sargento, después de meditar unos segundos. Y en seguida agregó:—va a acabar en tapera...

—El destino...—murmuró Leandro, dando a la frase un significado siniestro.

—Si lo quiere ocupar...

—Yo...

Era un rancho que no tenía dueño, abandonado en la soledad. A la hora del crepúsculo, cuando la llanura se pone romántica como una mujer, parecía un fantasma hincado de rodillas.

—¿Y qué sabe de Ludueña, mi sargento?...—le preguntó Leandro.

—Ahí 'stá, el pobre, condenao pa toda la vida...

—Las mujeres...

Leandro encontró aceptable el ofrecimiento, desde que no tenía que pagar alquiler. En habiendo techo para pasar la noche, lo demás quedaba librado a los caprichos de la suerte. Montó, pues, en el Gavilán y partieron más alegres que una yunta de chingolitos...

—Esta vez hi llegao a tiempo...—pensaba en el camino; y dejó que Gavilán eligiera el mejor, abandonándole las riendas. Iba provisto de yerba para el mate, que es lo esencial; y con

Pida en CHOPP

QUILMES

DE

INVIERNO

exquisita cerveza de la estación.

los últimos centavos, había comprado cigarrillos. La perspectiva empezaba a sugerirle serias reflexiones, bajo aquel cielo azul, semejante a otra pampa llena de recuerdos.

Hasta entonces, el trabajo había sido para él peor que para los bueyes, porque ni siquiera tiraba en yunta, aguantando la mitad del yugo con cualquier compañero. El corazón, de tanto golpearle el pecho, como el que llama en un caserón desocupado, le hacía zumbar los oídos...

—Es al ñudo, no te van a abrir... —rezongaba de vez en cuando, sonriendo amargamente.

Pero de improviso sofrenó a Gavilán que, por la fuerza de la costumbre, había tomado el camino de la estancia con un propósito de trote en desacuerdo con sus coyunturas. Y mientras, con un poco de mala voluntad, cortaba campo en otra dirección, el amigo empezó a referirle, confidencialmente, sus proyectos para el porvenir...

—Mirá, viejo, yo te voy a hablar con la mano en el corazón... Ya hemos trabajao mucho y hemos comido poco; en adelante, conviene ver si trabajando menos, comemos más... Tuitos los hombres son iguales, con la diferencia que unos son más malos que otros... Lo único que yo te pido es que me seas fiel, pero no como hombre, sino como caballo...

Es indudable que Gavilán no estaba acostumbrado a esta clase de confidencias. Alargó el hocico, para conocer la tensión de la rienda, y se detuvo unos instantes; ya había quedado lejos la población, y la vasta planicie recobraba su matiz de espejo con la fuerza solar del mediodía.

—Es más pa allá, ché...—le dijo Leandro, después de darle unas palmaditas en el pescuezo.

Dócil como un niño, emprendió de nuevo la marcha, no sin antes volver la cabeza para contemplarlo y retribuirle con un poco de amor aquellas caricias.

Llegaron. El rancho estaba solo en la soledad, huraño de tristeza, aguantándose para no caer, hecho un montón deleznable de escombros. En la pared resquebrajada, unos lagrimones de sebo parecían evocar la noche lúgubre en que Ludueña veló a su mujer, después de matarla porque lo había engañado...

El viejo Leandro se aproximó con cautela, como pidiéndole permiso; y mientras se quitaba el sombrero, en la puerta del rancho que antes era un hogar, se le llenaron de lágrimas los ojos.

—Anima bendita, que Dios la háiga perdonao...

IV

En una semana, se familiarizó con el desierto, a fuerza de vivir solo como un ombú, vichoco de recuerdos y de manías. Cuando se le brindaba una ocasión de charlar, prefería seguir con los ojos el vuelo de una mariposa o ponerse a cantar un estilo a flor de labios, abstraída siempre la imaginación en cualquier detalle de la Naturaleza.

Desde que la suerte le deparó la compañía de aquel animal, empezaron las preocupaciones. Con la primera luz del alba, un suave relincho de Gavilán lo ponía de pie, en el rancho que se desgranaba terrón a terrón, dejando al descubierto del sol y de la lluvia la osamenta de sus tacuaras amarillas.

—Güen día, hermano...

—Huc, huc, huc, uuuuuuu...

Decididamente, si Leandro era otro, Gavilán estaba desconocido. Ya sabía reir, con sus ojos obscuros de inocentón, mostrando la doble hilera blanca y verdosa de sus dientes. El pelo adquiría poco a poco un tenue matiz y hasta se dijera que en aquel trimestre de alimentación, había rejuvenecido, poniendo más agilidad en sus movimientos.

A veces, de vuelta del reparto, si por casualidad Leandro se encontraba con cualquier vecino, y la conversación se refería a la temperatura, al estado de la sementera o a los asuntos de la política local, el caballito doblaba impaciente el pescuezo, intentando seguir, sin guardar preferencias ni consideraciones.

—¿Y cómo va la salud, don Leandro?...—le preguntaba, por ejemplo, el caudillo.

—Estamos bien, gracias...—contestaba, por los dos, el viejo.

—¿Y aumenta el consumo de remedios, con este frío?...

—Eh... basta que nos alcance pa comer...

—Hay buen apetito, por supuesto...

—Asigún... Este es muy comilón, pero yo ando medio resentido 'e la boca. Cuando uno llega a viejo...

Ante la perspectiva de que el diálogo se prolongase más de un minuto, Gavilán echaba el peso del cuerpo sobre un lado, después sobre el otro; y por último, aproximaba el anca al imprudente conversador, como para significarle sus peligrosas intenciones...

El reparto, de una puntualidad cronométrica, empezaba al amanecer; un paseíto de tres horas, costeando las aceras del pueblo. La clientela era reducida pero segura, con el consiguiente disgusto del farmacéutico local; una clientela apropósito para que después de cumplir todas las obligaciones del día!... Era un sobrepaso invariable, monótono, como el golpe de un reloj, a línea recta—tiqui-tiqui-tiqui-taque, tiqui-tiqui-tiqui-taque... —para llegar a sus dominios de la llanura, que perfumaba el trébol y matizaban de oro las margaritas silvestres...

V

Sí; se complementaban, eficazmente. El caballo llegó a ser para Leandro una persona de la familia; el hermano menor. Por eso cuando amanecía dicharachero, le endosaba su propio apellido, llamándole Gavilán Fernández.

Ya viejo, empezaba a saber que el trabajo no es una maldición, sino una virtud que ennoblece la vida. El sol le enseñaba a ser pródigo, el viento le hablaba de libertad y la pampa, siempre abierta a todos los ensueños, parecía decirle que ella no tiene la culpa de lo que hacen los hombres...

—Veanló al silguero, desafiandomé a payar...—decía, ante el pajarillo que entonaba una dulce canción en un poste del alambrado.

Y en esto se pasaba los meses. Era la suya una existencia contemplativa, de pájaro y de flor, que ya daba qué hablar a los pájaros y a las flores...

—¿Querés un mate, Gavilán?...

realidad, viviendo en un mundo diferente al de los otros; así estaba una vez, cuando lo sorprendió la visita del sargento.

—Amigo Liandro...

Acababa de hacer un hallazgo, en un rincón de la tapera. Con el cigarro en la comisura de la boca, se entretenía en observar un pequeño hilo de metal, tan pequeño como sugerente para su naturaleza de criollo todo corazón.

—¿Qué es eso?...—le preguntó aquél, antes de explicarle la causa de la visita.

—Ya lo ve, mi jefe; nada y mucho, como quien dice: una horquillita e mujer, que mi ha enllenao l'alma e ricuerdos...

—¿Algún viejo amor?

—No, de la finada e Ludueña... Yo nunca e tenido amores... ¿Pa qué?...

—Pobre Martina...

—Se la v'y a guardar, por si algún día lo veo...

—Li han dao vainte años...

—Hum...

El sargento le explicó, entonces, que debía concurrir a presencia del comisario. Era una citación sin importancia, para guardar las formas, porque él, como viejo amigo de Leandro, había respondido de sus antecedentes.



el trabajo tampoco resultara excesivo. La cuestión consistía en resolver ese terrible problema del pan a los sesenta años.

—Cha, digo...—pensaba el pobre —lo que es no saber un oficio... Y lo pensaba así, con la mayor naturalidad, sin acordarse que había sido peón, domador, albañil, talabartero, herrero, pocero, carpintero y hasta mandadero.

Ahora como antes un detalle cualquiera evidenciaba su desinterés; no sabía escatimar un centavo a las exigencias del comprador: y allá iba, por cualquier cosa, un montón de barba de choclo, el resto de palán-palán o toda una canasta de gramilla. El compañero, con una bolsa de yuyos en cada costillar, conocía de memoria el itinerario: primero estaba un almacén, en seguida el consultorio del curandero, después el depósito de forraje; y por último, la calle diagonal que daba acceso a los diversos barrios de la próspera población bonaerense.

—Digamé, don Liandro, ¿qué podría tomar pa una puntada que siento en este costao de la paleta?...

—Eso ha é tener rilación con los riñones...

—¿Y qué puedo tomar?...

—La barba e choclo, pues...

No se trataba, por lo tanto, de un simple vendedor; la clientela le obligaba a tener conocimientos de medicina. Cabe reconocer entonces, su parte de razón al farmacéutico del pueblo...

¡Con qué voluntarioso andar hacía aquel caballito su trayecto de vuelta,

Se entendían admirablemente, cuando no con las palabras con los ademanes. El olor del churrasco sanguinolento, era una invitación para Gavilán, en cada amanecer. Claro está que se abstenía, como vegetariano, pero participaba del pan fresco o de la galleta marinera, haciéndola crugir entre los dientes. Y cuando remoneaba entre los yuyos, hociqueando la matita más tierna, Leandro le daba bromas, arrancándosela del belfo como a una criatura.

—Quedáte quieto, pues...—decíale, cada tarde que lo venía a importunar en la siesta, para musitarle su relincho de gorgoritos.

Dos o tres veces por semana, según el sol les asegurase un buen paseo, iban en busca de yuyos medicinales. Uno al lado del otro, como dos peones o como dos caballos, si más se alejaban del rancho, más espaciosa les parecía la tierra. Y cuando Gavilán, con espíritu revoltoso, demostraba intención de desafiar a cabezazos y coces a la jauría de algún rancho, le reconvenía su poca formalidad, cariñosamente.

—No te metás con los perros, como yo no me meto con los hombres... Te van a morder...

El regreso corría por cuenta de Gavilán. Y ya en el rancho todo parecía confabularse para distraer su tiempo. La puesta del sol, el mugido del ganado, la carcajada de un hornero, el soplo de la brisa en los gramillales...

Arbol, pájaro, brizna insignificante, cualquier cosa menos lo que era en

—Yo nunca hi hecho mal a naides.

—Güeno, mire, le v'y a decir la pura verdá... Es que el boticario e la plaza... ¿sabe?

—¿Don Nicanor?...

—Se ha quejao que usté lo perjudica con la venta e rimedios...

—¡Oh!...

—Cosas del oficio...

Poco faltó para que su fastidio de sesenta años le crispase los puños. Con todo, sin poder contenerse, hizo en una frase el apólogo de su existencia de condenado, sonriendo despectivamente:

—Digalé al boticario si quiere tomarme e pión, más que sea por la comida...

El sargento insistió, restándole importancia al asunto; cuando más, le aplicarían una patente de ambulante o le señalarían un radio, lejos de la farmacia de don Nicanor, para que pudiera vender sus medicamentos.

—Mire, si yo juera solo, como enantes...—le dijo el viejo, dejando trunca la frase con un balanceo de cabeza.

—¿Es que se ha ayuntao, a la vejez?...—le preguntó el sargento, sin disimular su sorpresa

—Gavilán...

En la comisaría no le valieron razones. Y como preguntara por el importe de la patente, confiado en que algún día la providencia se lo pudiera abonar, el comisario le espetó un discurso sobre las prerrogativas del comercio.

—Usted, viejo, no entiende de estas cosas, pero es necesario, por el progreso de la ciudad, no poner tra-



bas al desarrollo de las fuentes de producción, industriales y comerciales...

—Ansina será, dende que usté lo dice, señor Comesario...

VI

Echó pie a tierra, dejándose caer como un saco de huesos. Ya era demasiado, decididamente... Sin duda lo querían cercar como a un yaguareté, para aprovecharse de lo único que le quedaba, el cuero...

—Sabandijas...

El cielo se teñía con las primeras luces opalescentes del crepúsculo; a lo lejos, el mugido del ganado evocaba dulces reminiscencias pastoriles. La pampa parecía extenderse bajo la inmensidad, como en un lecho de oro, para dormir un sueño de leyendas y evocaciones...

—Hum...

Ya había dejado libre a Gavilán y se aproximaba a la puerta del rancho, cuando se detuvo, con los ojos fijos en el interior, como si hubiese adivinado la presencia de una persona que también podía ser el alma de algún difunto. Vió y no vió, pero el miedo le embozaba en la obscuridad la silueta de un ser desconocido. E instintivamente llevó la mano a la cintura, desnudando un pequeño puñal...

—No se escuenda, maula...—gritó golpeando con la hoja el marco de la puerta.

Un hombre, de fuerte complexión, cruzó de un salto el umbral, poniéndose en guardia con una cuchilla; le fulguraban los ojos. Fué una escena breve, que parecía tener en suspenso el ánimo de la eternidad.

—¿Qué hace en mi casa?...—le preguntó el viejo.

El desconocido movió la cabeza, tristemente. No tenía facha de cuatrero, aunque la pobreza del traje hacía sospechosas sus intenciones.

—Tiene razón, paisano...—dijo, como respuesta.

Leandro le buscó el rostro a la luz de la luna, sin preocuparse del peligro. La ficreza de su actitud acentuaba una sonrisa de dolor en sus labios; parecía dispuesto a morir, por lo mismo que estaba dispuesto a matar.

—Usté es Ludueña...—le gritó Leandro, volviendo el puñal a su sitio.

—No sé...—repuso el gaucho, dirigiendo una mirada de impaciencia al cielo.

—Dentre, no más...

—Yo ya no soy naides, como ese rancho ya no es mío...

La tristeza de aquel hombre no inspiraba compasión, sino respeto; y se volcaba toda entera, como un lenitivo, en el alma de Leandro. Al fin, él, que no había muerto jamás a nadie, ni por odio ni por amor, era tratado también como un delincuente...

—Se ha escapao de la cárcel, ¿no?

—Sí...

—¿Quiere un matecito?

Entraron; y el viejo enmudeció unos minutos, sin atreverse a mirar aquel hombre de hierro, que sollozaba como una criatura. A la luz de un candil, las dos sombras se proyectaban en la pared, como una agorería.

—Vainte años...—dijo Ludueña, hablando con un ser que sólo veían sus ojos.

—Pero, asigún me han contao, usté jué el ofendido...

—Dicen que no éramos casaos...

—Y aura, ¿qué piensa hacer?...

—Juir, lejos...

—En tuitas partes hay hombres...

—Y güeno...

Ludueña le refirió, en pocas palabras, cómo había logrado evadirse, con otros compañeros. El prefirió "cortarse solo" a través de los campos, haciendo una marcha de dos días.

—Pero, aquí lo van a conocer...

—Me ha cabrestiao la fatalidá, pa que le diera el último adiós a este ranchito...

—Comprendo...

Cuando le brindaba el primer mate, un rumor de pasos le hizo arrugar el entrecejo. Leandro sonrió, dirigiendo su mirada hacia afuera, sin demostrar el menor cuidado.

—Es mi Gavlán—le dijo—que viene a pedirme la bendición...

Y en la puerta del rancho apareció la cara del caballito, semejante a un monstruo creado por la sombra, en aquella noche de misterio y de poesía.

—Este no es un hombre, paisano; no lo va a vender...

—Dejuramente...

Hablaban por instantes; uno, por no apresurar la despedida eterna y el otro, por no hacer más honda la llaga de aquel sufrimiento.

—¿Y ánde jueron a parar tuítas mis pilchas?...—preguntó Ludueña, observando con una mirada el rancho vacío.

—Yo encontré la osamenta, no más.

—Los caranchos...

—Hum...

Leandro recordó entonces que había guardado la pequeña horquilla de metal, en el adobe de la pared y tanteó con la mano, por el quicio de la puerta.

—Tome; yo la encontré en un rincón...

El paisano quiso contemplarla a la luz del candil, como si le evocase todo un pasado de tristezas y de alegrías. En un segundo, una sola lágrima fué suficente para hacerle sentir su orfandad, ese inmenso dolor que lo condenaba a vivir guacho, peor que una fiera, sin ilusiones ni cariños.

—Pobre Martina—sollozó, en una frase que más era un suspiro, besando aquel recuerdo que parecía conservar el perfume de los cabellos de la mujer perjura, pero amada.

—Usted la quería mucho, ¿no?...—le dijo Leandro.

—Por eso la maté.

—Comprendo...

Y por la media noche, Leandro, con el pretexto de ver a Gavilán, observó la llanura, que se dilataba bajo el cielo, hasta hacer diluir la mancha de los pajonales. Todo estaba en silencio, como para proteger al hombre desgraciado, que ahora sólo confiaba en el amor de las estrellas.

—¿Pa qué lao va a rumbiar?...

—Por los embuses...

—Güeno...

—¿Quiere empriestarme su caballo?

—Sí.

Hizo la respuesta en seco, sin vacilar, aunque le había penetrado como una puñalada en el corazón. Y aún le pareció poco, dentro mismo de su miseria.

—Llevesé esta manta y estos cigarros...

El gaucho lo miraba agradecido. Y por no poder hablar, le dió el adiós con los brazos, estrechándolo contra su pecho.

—No se deje agarrar, amigo Ludueña...

—Hum...

—Y en último caso, pélie, como varón...

—Adiosito...

En la tristeza de la noche, el trote de Gavilán sonaba monótono, hasta que se perdió en la lejanía. Leandro, con miedo de la soledad, cerró los ojos, procurando dormir; pensaba en Ludueña, en su querido Gavilán, en el epílogo inevitable que tienen todos los amores, en el dulce descanso que debe ser la muerte...

VI

La fatalidad no quería abandonarlo ni en la vejez. Como inseparable compañera, parecía acechar sus pocos momentos de buen humor—cuando cantaba, cuando se deleitaba en la contemplación del horizonte—para darle el zarpazo, gozándose de su propia alevosía.

Desde la partida de Gavilán, ya no esperaba nada de nadie, con el corazón endurecido como un trozo de hierro. Se sentía un ser inferior, un contraste vivo con cuanto contemplaban sus ojos, en la inmensidad de los cielos y de los campos.

—Viven hasta los pajaritos...

El espectáculo de la tierra sin límite, habíale dado, tal vez, una noción inexacta de la libertad, pero es lo cierto que él no quería resignarse a ser menos que cualquier chingolo saltarín o que cualquier mariposa.

—Estos bárbaros, el día menos pensao van a alambrar el cielo...—murmuraba, entre mate y mate, con la obsesión del hombre que ya no encuentra sitio disponible en el mundo.

Se rebelaba mansamente, con la firme resolución de no dejarse explotar más, aunque se viera privado del mate y de los cigarrillos. El sargento le visitaba de vez en cuando, aconsejándole que eligiera otra población para la venta de sus yuyos medicinales.

Por suerte, su fama de hombre entendido en dolencias, le había improvisado un regular número de clientes, que acudían a hacerse recetar en su consultorio de la llanura. El pago de la curación dependía de la buena voluntad del enfermo, asegurándose en la ciudad que si no sabía tanta ciencia como los médicos, en cambio mataba muchas menos personas.

Esto le proporcionaba unos centavos para el churrasquito de todas las mañanas. Como hombre conocedor de las flaquezas del género humano, aconsejaba a los enfermos que se surtieran en la farmacia de don Nicanor...

—Tome estos yuyos—decía—hagalós hervir y reciba el vaporcito en las piernas... Pero es güeno que antes se tome una limonada, pa limpiar el cuerpo... La puede comprar en lo de don Nicanor y digalé de mi parte que se la prepare livianita...

El recuerdo de Ludueña y la incertidumbre de que lo hubiesen podido reconocer, montado en su Gavilán, le preocupó los primeros días. ¿Qué suerte habrían corrido los dos, en su fuga a través de la pampa, como dos seres expulsados de la tierra?...

—Güenas tardes, viejo...

El sargento lo saludaba desde el caballo. Pero así que lo miró bien, para prevenirse contra cualquier pregunta, recuperó su aparente indiferencia.

—¿Qué anda queriendo, mi jefe?...

—Si me convida con un cimarrón...

—Abájese, no más...

La visita no era de doble intención, pero, por las dudas, Leandro se mantuvo a la defensiva. Sobre el mate, lo convidó con un churrasco de nalga, por aquello que dice el filósofo del poema, que es conveniente andar bien con las autoridades...

—¿Sabe una cosa, mi sargento?...

—¿Qué?...

—Que ya no estoy acollarao con el Gavilán...

—¿Lo vendió?...

—Se mi ha alzao, dende antinoche.

—¿Y cómo?...

—Creo que con alguna tropilla...

—Yo se lo v'y a campiar, descuide...

—Hagamé el favor...

Esa misma noche, cuando se iba a acostar, creyó Leandro oír el trote de un caballo, por las inmediaciones. El eco de las pisadas se desvanecía por instantes, aproximándose luego con intermitencias, como si el jinete no conociera el rumbo o tratara de llegar sin ser visto, por el refugio de los pajonales.

El silencio en torno del rancho era solemne, pero su temor le aconsejaba prudencia. Se encerró a obscuras, y aguzó el oído, con el rostro en el suelo, como el rastreador que conoce los más impenetrables misterios de la Naturaleza. Ahora empezaba a abrigar dudas sobre la actitud del sargento, en la visita de esa tarde, por más que la conversación no se había referido a Ludueña.

Cansado de barajar pensamientos, lo sorprendió la media noche. Por la rendija de la puerta, se puso a espiar hasta el menor ruido, creyendo descubrir un vigilante en cada poste del alambrado. Y poco antes de aparecer la aurora, salió resueltamente, para saber lo que ocurría.

No había caminado cien metros, cuando soltó una carcajada. Por primera vez se sentía alegre en la vida, tan alegre como los horneros. El viejo Gavilán estaba ahí, hartándose de matitas tiernas y olorosas, con un apetito que hacía más intensa la satisfacción del regreso al hogar de la familia.

—Hermano, perdonáme...—le dijo

LA VERDAD DE LA BIBLIA



¡Qué razón tienen los que dicen que la carne es flaca!

Un resfrío descuidado

El que tose y no se cuida, conspira deliberadamente contra sí mismo.

Esa opresión que le toma la garganta; esos golpes de tos que le quitan la respiración; esas puntadas dolorosas en el costado y esos esputos y esgarros de mucosidades que lo molestan por la mañana, deben convencerlo que se está inoculando una enfermedad grave. No demore pues, en tratarse en seguida, tomando tres cucharadas diarias de tomillo erytroso seguidas de una taza de tisana o leche caliente, que con tan sencilla medicación, conseguirá dominar y curar cualquier afección de ésta naturaleza, por antigua y crónica que sea.



el viejo, yendo hacia él, con los brazos de par en par.

El caballito musitó su relincho sordo, con la cabeza en alto y una risa de colegial que le iluminaba los ojos. Leandro le rodeó el pescuezo con los brazos, besándole la crin, sin dejar de decirle muchas palabras amorosas. Estaba el pobre un poco desaseado, como si hubiera tenido que cruzar por campos pantanosos y duros abrojales, en esa aventura de tres días.

Ludueña, así que notó que la cabalgadura se le deshacía en el primer galope, se apoderó de otro animal, dejando a aquella sin pilchas ni arreos. Y viéndose libre en medio de la pampa libre, Gavilán regresó a la querencia, incapaz de puro noble, de sentir el más leve resentimiento en contra de su amigo.

—Perdonáme, Gavilán...

VII

Todo tiene su fin en la vida; y una mañana del mes de junio, en que el frío arreciaba y el viento parecía ensayar una risa diabólica en los alambrados, para burlarse de los pobres, el viejo Leandro no se levantó más. Los árboles presentaban sus esqueletos desnudos y el campo amanecía como amortajado bajo una inmensa sábana de nieve.

Gavilán ya había terminado con una hectárea de pasto y amenazaba continuar, las orejas gachas, húmedo el belfo de rocío. Estaba buen mozo, a fuer de bien alimentado y su anca tenía una brillante tonalidad de terciopelo. Llegó a no resistir la tentación de arrancar unas matas, que crecían al otro lado de los alambres, desobedeciendo así las frecuentes indicaciones de su patrón, que no le permitía atentar contra los intereses de los vecinos.

—¿Para qué querrá tanta alfalfa este señor, cuando apenas tiene un caballo y una vaca lechera?...—pensó Gavilán, mientras saboreaba el sabroso producto de su delito.

Pero de pronto experimentó una desagradable sensación en aquel triste amanecer; algo como si le hubiese asaltado el presentimiento de una desgracia en el seno de la familia. Miró al alambrado, pero no era de púas; y después se puso a observar el pasto, pero no contenía ningún yuyo venenoso. Acaso el remordimiento de la falta, por haber comido lo que no era de su propiedad...

En eso estaba, cuando la mala idea le cambió de lugar, pasándosele al corazón y le hizo correr un escalofrío desde el testuz hasta las patas. Leandro... Paró las orejas y se quedó como en un éxtasis, mirando hacia la tapera del pobre viejo.

—Será que yo me he despertado muy temprano...

El sol caía casi a plomo sobre los pinos; un silencio que no conseguían turbar los horneros y los gorriones, se apoderaba de todas las cosas de la tierra. Gavilán, inmóvil como un monstruo de piedra, permanecía indeciso, con un haz de hierbas colgando del belfo y conteniendo la respiración. Si la incertidumbre le causaba espanto, temía desfallecer ante la realidad, aferrado por las cuatro patas en el suelo. Cuando quería avanzar, el presentimiento lo sujetaba de la cola, insinuándole muchas tristezas en lo más profundo del corazón.

Hizo un esfuerzo sobrehumano, hasta poder desasirse de aquellas garras invisibles pero poderosas. Paso a paso, volviendo los ojos hacia el horizonte, salvó la distancia que lo separaba de la realidad. Y ya cerca del rancho, intentó modular el relincho amoroso con que lo despertaba todos los días.

—Viejo... viejito...

El viejo estaba ahí, pero boca arriba, entre un charco de sangre. Un síncope cardíaco le había roto el cráneo contra un adoquín, arrojándolo como a un despojo miserable junto a la entrada de la tapera. Lo había asesinado la misma vida echándole de golpe el peso de sus sesenta años sobre las espaldas, como si se apiadase de sus vicisitudes.

—Mi viejito...

La visión de la muerte trazó un gesto trágico en la cara de Gavilán. Con las orejas rectas, el pescuezo estirado, rascaba la tierra maquinalmente; y por momentos, la intensidad del dolor parecía obligarlo a caer de rodillas, para enseñarle a orar...

Era miedo, era tristeza, era desesperación; era todo a la vez. Y era, en primer lugar, el recuerdo de su vida pasada, la certidumbre de que volvería a repetirse aquel martirio a que lo tenía condenado la suerte. ¡Oh, los días de hambre, las primaveras sin libertad y las heladas noches del invierno!... ¿Cómo llorar a gritos, si era un caballo, para enternecer el corazón de piedra de los dioses?

De repente, como si hubiera logrado romper la cadena, echó a correr, en una disparada loca, con dirección al pueblo. Libre de coyundas, la crin al viento, dijérase que la desesperación le había dado alas. Las gentes lo miraban cruzar con horror, por el daño que causaba en los sembrados. Y así que llegó a las primeras casas, el alboroto de los chicuelos se hizo general, como ante un espectáculo que no era frecuente en la vida del pueblo.

—¡El Gavilán!...—gritaban a coro, arrojándole piedras.

—Está desbocao...—dijo, asomando a la puerta, el dueño del depósito de forrajes.

Acosado por los perros y los muchachos, el gavilán tuvo que resignarse a ser conducido como un delincuente a la comisaría...

VIII

El trayecto hasta la tapera de Leandro duró media hora; no había más que pasar el cementerio, recostarse al camino de los ombúes y torcer por el llano de los hornos de ladrillo. Hacía punta el alazán del comisario, en una volanta iba el médico y a la cola una comitiva de curiosos. La inspección ocular demostraría, hasta la evidencia, si Leandro había sido muerto por manos criminales.

—¿Quién formuló la denuncia?... —preguntó el médico.

El comisario, sonriendo, indicó a Gavilán, que trotaba llevado del cabestro por un milico. Y cuando divisó la tapera creyó desfallecer, como si todo el peso de los recuerdos le doblase las piernas. El cogotillo apetitoso, la dulce modorra de la libertad, esa vida del horizonte que no tiene fin...

—Que no se te vaya a ir ese mancarrón...—ordenó el comisario.

—No ha de...—repuso el milico, con su tonada correntina.

Descendieron, por fin, después de observar en derredor, por si se trataba de un delito y hubiesen dejado huellas los autores. Nada, por supuesto: en la puerta del rancho estaban las pilchas y en una horqueta, los arreos.

—Y no era mal hombre, velay...—dijo, a modo de oración fúnebre, uno de los presentes...

—Un desgraciao, a la fin...—agregó el sargento de la comisaría.

La inspección ocular puso en evidencia que bien podía ser aquello un delito, pero el médico, después de examinar el cadáver, estableció que se trataba de un accidente.

—¿Un accidente, doctor?...—preguntóle el comisario.

—En efecto: aquí tiene usted la señal de la coz, que le ha partido el cráneo...

—Seguramente el pobre viejo estaba sentado, cuando el animal...

Los de la comitiva se miraron unos a otros, como si por la epidermis les hubiera hecho cabriolas un escalofrío. ¿De manera, entonces, que Gavilán era un caballo que sabía tirar coces?...

—Ya decía yo—expuso el forrajero—que no hay pior cosa que un caballo desbocao... Y si no, que lo diga el señor comesario, aquella vez del tordillo...

—Hum...—se limitó a contestar el señor comisario.

—Lo trujo ciego, dende el Palomar, pero lo sofrenó a juersa e lonja, mesmo en el ranchería... Lo que es usté, anque me estea mal el decirlo, es como pa que lo vóltie cualisquier mancarrón...

Entretanto Gavilán se desvanecía como una sombra, en la obscuridad de sus recuerdos. Había metido el belfo entre las manos y no quería despertar, ni siquiera para justificar su inocencia ante la justicia.

—Hace cosa de un mes que se le escapó con una tropilla...—informó el sargento, aportando una prueba de juicio a la causa de Gavilán, que ya empezaba a ser juzgado como una bestia de pésimos antecedentes.

El comisario rompió de pronto la tristeza que se hace inevitable cuando se cierne en el espacio el fantasma invisible de la muerte.

—Cha, digo... ¡quién lo ve, tan vichoco, tirando patadas!... — exclamó, mirando colérico a Gavilán.

—Hay que condenarlo...—dijo el dueño del depósito de forrajes.

—¿Le apuesto, doctor, a que le acomodo un chumbo entre las mismas orejas?...—agregó el comisario, dirigiéndose al médico.

—Justicia sobre el tambor...—repuso el médico, sonriendo compasivamente.

—Hagalé blanco, no más, pa ver la puntería...—aconsejó el forrajero.

Reinó un silencio de expectativa. A la detonación del arma de fuego, el pobre y calumniado delincuente, el viejo Gavilán, cayó sobre las rodillas, para extenderse después a lo largo del suelo, entre un charco de sangre que le nublaba poco a poco los ojos, como si su espíritu se sumergiera en un mundo desconocido, de silencio y de amor...



—¡Ah! ¡Gracias a Dios que has traído mis cuellos!
—No son sus cuellos, señor; es el vestido nuevo de la señora.

La panacea

La panacea, observa muy justamente la "Revue Mondiale", ha triunfado siempre y en todas partes. El remedio más ilógico, más absurdo, más ridículo, pero presentado como algo sobrenatural y misterioso, ejerce y ha ejercido desde que el mundo es mundo una extraordinaria fascinación sobre la humanidad doliente.

La panacea aparece con las más extrañas formas: el elixir vegetal extraído de las más raras plantas por frailes venerables, el milagroso aparato eléctrico o vibratorio, la energía vital concentrada en píldoras que todo lo curan, los ejercicios gimnásticos más disparatados.

He aquí la novísima fórmula india, que está en camino de conquistar el universo entero: Para tener una salud a prueba de bomba hay que estar todas las mañanas algunos minutos patas arriba, con la cabeza en el suelo sosteniendo el cuerpo, y los pies por el aire.

Apenas conocida, ya hay miles de personas en Europa que han adoptado esa nueva panacea.

Otra más sencilla: andar de puntillas. Dar diariamente, y durante cinco minutos, pequeños saltos sobre las puntas de los pies.

Y menos mal que estas panaceas son inofensivas, o tal nos parecen; pero las hay que pueden acarrear daños sin cuento.

Estas extrañas fórmulas de salud, que antes se conservaban en secreto celosamente y se transmitían sólo de padres a hijos, se lanzan ahora a la publicidad, con lo que se multiplican los males que ocasionan.

Conocimientos útiles

Conservación de los limones.—Primeramente se seca bien al calor de la lumbre una cantidad prudencial de arena fina, y cuando se haya enfriado, se extiende una capa de ella en el fondo de un cajón limpio y seco.

Por otra parte, se envuelven en papel limón por limón y se van colocando sobre la arena con la parte del pedúnculo hacia abajo y sin que se toquen uno con otro.

Sobre este primer lecho se echa otra capa de arena de cuatro a cinco centímetros de espesor, y sobre ella se pone otro lecho de limones, siguiendo igual procedimiento hasta llenar la caja.

Las yemas de huevo se separan con toda comodidad de la clara, operación bastante molesta por los procedimientos vulgares, practicando en un recipiente cualquiera de hojalata una delgada incisión en el fondo del mismo. Echando el huevo dentro del recipiente así preparado, se verá que la clara se escapa en breves instantes por la abertura, dejando aislada la yema.

El mejor sistema para conservar la carne en verano, es rociarla con carbón pulverizado. Esto no estropea la carne y se puede quitar fácilmente.

Para impedir que al enfriarse la leche hervida forme en su superficie una capa de manteca, se añaden dos cucharadas de leche fría por cada cuartillo en el momento de hervir y se mueve por espacio de un minuto. De este modo la capa de manteca es reabsorbida y la leche no pierde los elementos nutritivos que se acumulan en dicha capa.

El pescado se escama, pronto y con facilidad, echándole por encima agua caliente hasta que las escamas comiencen a enrollarse. En seguida se le pasa rápidamente el cuchillo, y luego se lava en varias aguas, teniendo cuidado de que la última esté fría y bien salada.

Se quita el mal gusto a la manteca rancia lavándola primeramente con agua de cal y luego con agua filtrada.

También se le quita el gusto amasándola con leche fresca y lavándola después con agua filtrada. Los que emplean este procedimiento dicen que el ácido que produce el olor y el sabor a rancio es soluble en la leche, y el agua concluye de arrastrarlo.

Los huevos metidos por completo en agua hirviendo, y dejados en ella durante cinco minutos, son más nutritivos y se digieren mejor que los que se tienen hirviendo solo tres minutos con fuego muy vivo.

El aroma del te se conserva y hasta se acentúa, echando en el bote donde se guarde, **un puñado de vainilla** sin moler.

La cocina

LENGUADOS A LA NORMANDA

Después de vaciado el pescado se le quita la piel si es muy grande, y se coloca sobre la manteca en una tartera o besuguera donde quepa cómodamente. Se le echa perejil, tomillo, cebolla picada, un vaso de buen vino blanco y otro de caldo del puchero o agua, sal, pimienta en polvo, nuez moscada rallada, doce ostras y doce almejas, a las que se las habrá dado un hervor para sacarlas de las conchas y que estén blancas, y algunos pedacitos de trufas o criadillas de tierra, poniéndolo todo al fuego con un poco de manteca; las ostras y almejas con la salsa siguiente: fríanse, muy poco en otra cacerola, unas tiritas de ternera y jamón o tocino sin que se pongan doradas; échese media cucharada de harina, menéese todo muy bien y agréguese un poco de caldo del puchero, una cebolleta, rajas de zanahorias, pimienta, nuez moscada, hojas de laurel, alguna sal y cuando la carne está cocida se echa ésta y el caldo, después de colado, encima del lenguado.

Póngase al fuego para que cueza, tapándolo con fuego también sobre la tapadera y después de cocido el pescado se coloca en el plato y se le agregan algunas setas cocidas con zumo de limón, rebanaditas de pan humedecidas con leche y fritas en manteca, para servirlo muy caliente.

LOMO DE TERNERA A LA CAMPESINA

Se mecha con tiras finas de tocino la parte más gorda de un buen lomo de ternera cortado a lo largo.

Se colocan en una fuente, también larga, y se pone encima media docena de rajas de limón y otras tantas de cebolla cruda; se echa en seguida bastante aceite para que se empape bien la carne, y que desborde en la fuente en derredor de la ternera.

Se salpimenta con moderación, y al cabo de un cuarto de hora se le da una vuelta a la carne, salpimentándola otra vez. A los veinte minutos se envuelve el lomo de ternera, atándole bien con bramantillo en papel blanco engrasado, y se hace cocer en la cacerola con el resto de adobo. Cuando la carne está casi cocida, se la quita el papel, y se acaba la cocción a fuego muy lento.

La ternera así condimentada se sirve con un poco de su propio jugo y unas patatas en derredor, cocidas de antemano y doradas después en la fritura.

EMPAREDADOS STOESSEL

Se hace un puré de patatas espeso, procurando darle consistencia de pasta. Se cuecen aparte los guisantes suficientes para el objeto y se rehogan después. Se pone en una tabla o en el revés de un plato un trozo de puré cortado en cuadrado, del tamaño de un emparedado ordinario, y sobre esta pasta se extienden unos cuantos guisantes de los que se han rehogado y se cubren con otro cuadrado de puré de patata igual al de debajo, apretándolos suavemente para que se adhieran. Se reboza este emparedado y los demás que se hagan en harina y huevo, y se fríen.

Si se quiere, pueden servirse con una salsa de tomate.

Esta receta es muy apreciada de los vegetarianos.

HUEVOS DORMIDOS

Cuézase agua en una cacerola con una mitad de vinagre y suficiente cantidad de sal, retírese del fuego, rómpanse encima uno por uno los huevos que se quieran estrellar, sin que se quiebren y sin menearlos. Cuando las claras estén cuajadas se sacan, empezando por los primeros, y se van poniendo en agua fría.

Quítense después de esta agua y colóquense en una fuente sobre un guiso de acederas, espinacas o achicorias, o sobre un puré cualquiera. También pueden ponerse con salsa compuesta de chalotes, vinagre y mostaza, u otra de este género.

BRILLANTE PORVENIR



—Y tú, hijo mío: ¿qué piensas ser cuando seas grande?
—¿Yo? Valija de viaje.

MATRONA DESMAYADA



—Lo siento mucho, señora; pero como soy corto de vista y sordo, limpié los vidrios de media ventana antes de darme cuenta de que era su perrito.

SI USTED USA

en su toilette el JABON LYSOFORM, exquisito artículo de tocador, deliciosamente perfumado, obtendrá los beneficios de una notable antisepsia general sobre la piel que le pondrá a cubierto de cualquier contagio.

El JABON LYSOFORM, fabricado a base de este eficaz desinfectante, depura la piel de manchas, granulaciones, etc., y es especialmente recomendable para la higiene de las señoras, porque además de su valiosa acción preventiva, hace que el cutis se conserve fresco, suave, limpio y sano.

Cada pastilla de JABON LYSOFORM se vende al público a $ 0.45 m|n. dentro de una práctica y útil jabonera.

MENDEL Y CIA.

Buenos Aires: Guardia Vieja, 4439

Montevideo: Cerrito, 673

EL MIEDO EN LA SELVA

por Rómulo F. CABRERA

"Cuando a la luz de las estrellas caces
busca la pista recta y no embrollada.
Ya sea en el cubil, ya en cacería,
teme al hombre-chacal, su amistad es mala."

Rudyard KIPLING.

Para "Fray Mocho".

Fué un tenue hedor a tabaco el que delató la presencia del hombre en la manigua, mucho antes de que las fieras de la selva pudieran ver el resplandor de su fogata encendida en un calvero de la floresta.

El primero en sentirlo fué Jab, el elefante; con la trompa extendida aspiró largo rato el extraño perfume del hombre. De pronto echó a correr hacia el cañaveral, cuyos juncos le cubrían hasta las orejas.

De improviso tropezó con el mono, y como necesitaba mensajeros para divulgar la nueva en la selva, obligó al cuadrumano que advirtiera a los camaradas la aparición del hombre.

Al cabo de una hora estuvieron congregados en el cañaveral los más representativos animales con sus séquitos; éstos no faltan nunca, pues el chacal sigue al tigre como un sirviente y el mono al león como ayuda de cámara.

Jab les recontó apresuradamente; no faltaba ninguno, pues el interés por el hombre era más que mediano.

—Como sabéis—comenzó el león, luego de recelosas miradas en torno suyo,—el hombre ha venido esta noche y es preciso tomar una determinación.

—Una palabra—dijo el elefante;—aquí se trata de vengar la muerte de mi hermano, a quien mató un cornac, y justo es que yo sea el vengador.

—Alto ahí—musitó el tigre, erizando los pelos del dorso;—tú, Jab, no harías otra cosa que ponerle sobre aviso. Deja a las personas ágiles esa faena tan divertida.

—Propongo—exclamó Sip, la serpiente-pitón,—que se vote individualmente quien ha de ser el vengador.

—Bien—rugió el rey;—oye—continuó dirigiéndose a uno de los cinocéfalos de su servidumbre,—corre a palacio y trae doscientos dientes de las osamentas, y un guijarro del mismo tamaño.

. . . .

A todo esto el hombre, una vez que hubo alimentado profusamente su hoguera, se dispuso a tenderse.

No debía, sin embargo, hallarse muy satisfecho en aquella manigua inmensa donde los altos árboles quitan la respiración. Varias veces, se le vió examinar su rifle y colocar el enorme revólver al alcance de su mano.

Luego, en un pequeño cazo echó café, y situándolo encima de unas brasas, esperó a que hirviera.

En sus ojos acerados se notaba una expresión desconfiada; ya antes, cuando el elefante le acechara, había notado en las cañas un movimiento sospechoso.

En una mano el rifle de repetición, con la otra enderezaba el pequeño recipiente, y, de vez en cuando, escrutaba la obscuridad atentamente.

. . . .

Cuando el cinocéfalo—ayuda de cámara—trajo los doscientos dientes y el guijarro, Jab, empinándose, arrancó una enorme hoja en forma de embudo y allí fueron depositados. El que sacara el guijarro, sería el vengador esa noche. Júzguese el interés de todas las fieras al contemplar los preparativos.

El primero en escoger fué el propio monarca, y un resoplido colérico señaló el fracaso.

—Bien—volvió a decir el monarca; uno a uno y en el mayor silencio, irán desfilando todos ustedes. ¡Ay del que intente hacer trampa o sustituir los colmillos por otro pedruzco!

El segundo en adelantarse fué el tigre; rápidamente echó dentro de la hoja una mirada fraudulenta, y viendo que no podía distinguir el guijarro, escogió al azar, arrojando furioso el enorme comillo de jabalí que le tocó en suerte.

Luego fueron desfilando, uno a uno, pues no se admitía sino un solo ejemplar de cada especie, el lobo, el hipopótamo, la pantera, el oso...

Ya comenzaba a sospecharse de la probidad del cinocéfalo, cuando Seik, el orangután, arrojó un grito de triunfo.

—¡La piedra!—exclamó dando fuertes golpes en el bestial pecho, ancho como una cucina.

—Calla—dijo el tigre;—con ese tambor destemplado vas a levantar la caza.

—Señores—intervino el monarca agitando su hermosa melena negra como ala de cuervo,—es Seik el orangután el elegido por la suerte para vengar al elefante solitario. Propongo al general oso, por su reconocida ciencia y habilidad, para fraguar el plan de ataque. Un detalle importante: antes de enviarle al paraíso de los hombres es menester que contemplemos a tan raro ejemplar, a nuestro sabor. Por eso Seik esperará mi orden para matar. ¿Están todos de acuerdo?

—Un momento—exclamó Sam, el oso gris;—todavía no sabemos si eso que está allí es comestible.

—Sí que lo es—respondió el tigre, entreabriendo sus fauces golosamente.

—¡Puah!—hizo el ciervo, con el asco particular de los herbívoros hacia la carne.

—Bueno—rugió el león,—que el general oso exponga su plan de batalla.

—Es sencillo—respondió éste adelantándose.—Consiste en evitar que esa cosa roja que ha puesto delante el hombre, nos queme los pelos. Por lo demás, bastará que Seik apriete un poco, entre dos de sus dedos, el gaznate del hombre para que Red el elefante tenga venganza.

—Bueno—dijo el monarca;—¿alguno de ustedes siente miedo?

—¡¡¡Miedo nosotros!!!—exclamaron a una las fieras erizando el lomo;—quizá el ciervo tema al tigre, éste al león y el león al pitón, pero lo que es al hombre, ¡jamás!

—Un instante—dijo Wung, la hiena rayada.—A los más valientes de la manigua mostraría yo ciertos cuadros que he visto en los camposantos...

—Déjate de camposantos—bramó el monarca,—y manos a la obra. No se hable aquí de miedo, desde que todos somos muy valientes para experimentarlo; y si alguno lo duda—continuó encrespando la melena soberbia,—trabará conocimientos con mis garras.

—Buen monarca—intervino el chacal,—esclarecido monarca—añadió con su servilismo habitual,—yo también he contemplado escenas capaces de poner de punta melenas más hirsutas que la tuya. Y esta noche he sentido que se me encrespaban los pelos del dorso al ver una figura blanca e inmóvil enmedio de los cañaverales. Era alta y llevaba en el hombro una especie de cuchillo enorme. En cuanto a la cara, era igual a la de las osamentas que adornan el piso de tu morada.

—Una calavera se llama eso—gruñó asustado el erizo.—He tenido ocasión de verlas de hombres, y por cierto que esa imagen que has descrito, entre los hombres se dice la Muerte.

—Fuera de aquí—rugió enfurecido el monarca.—Y ahora—añadió cuando vió al chacal huir con la cola baja,—adelante y a matar.

. . . .

Un poco nervioso el hombre, después de tomar su café, avivó la hoguera y encendió la pipa.

Sacó luego de su faltriquera un frasco de ginebra y bebió unos tragos.

Estaba ensimismado contemplando las copas de los árboles, cuando su atención se desvió de golpe.

En una de las plantas fronteras, un pequeño bulto negro pendía meciéndose a veces al compás del viento.

Picada su curiosidad se irguió lentamente y, recogiendo un tizón de la hoguera, se acercó a observarle.

La forma ovoidal del bulto le hizo suponer si se trataría de un panal de avispas.

¡Qué bien le hubiera caido un poco de miel, en la sequedad amarga de su boca, a causa de las continuas pipas!

Dió un golpe con la culata de su carabina, y luego otros muchos, hasta que el negro bulto cayó.

Con la afilada hoja de su largo cuchillo, casi un alfange, hendió el panal hasta que la miel comenzó a rezumar.

¡Qué banquete en plena selva! Y alegremente, se dispuso a comerla. En el mismo cazo del café fué volcando el verdoso líquido cuidando de quitar las basurillas, pacienzudamente.

¡Pero qué olor extraño el de aquella miel! Casi hubiera jurado que olía a agua de Colonia, a cosa de botica. De todos modos era un verdadero manjar de rey y como a tal se preparó a ingerirlo.

Poco a poco las gotas fueron cayendo en su sedienta boca. El hombre se relamía de gusto.

Concluída la miel, el hombre echó nuevos troncos a la hoguera y decidió dormirse. Colocó el rifle en la cabecera, que consistía en el tronco de un árbol muy raro, que ya le había llamado la atención por la tarde. Sus hojas casi le tocaban la cara. Pero era tal su repentino sopor, que desistió de buscar otra posición más cómoda.

Lentamente el hombre fué cerrando sus ojos, hasta que el revólver que conservaba en su mano derecha cayó al suelo. Luego, quedó dormido.

. . . .

Entretanto, la procesión de la selva avanzaba cautelosamente.

Ni el león, ni las demás fieras de representación, lo hubieran confesado jamás, pero no las tenían todas consigo.

Las palabras de la hiena y del chacal resonaban todavía en sus oídos, y varias veces un hálito de miedo pasó por sus lomos.

Lentamente Jab, el elefante, iba apartando los obstáculos del camino. Detrás de él Sip, la serpiente, evitaba que los cachorros despertaran al hombre con sus jugueteos.

Poco a poco avanzó Seik hasta la gruesa cortina de vegetales que separaba el calvero de la selva.

Sus gruesos dedos apartaron muy cautelosamente las lianas entrevesadas; ya se veía el fuego, y un olor extraño llegó hasta las narices del orangután.

De golpe pudo contemplar la escena a su sabor, pues la cortina ya no existía.

Seik inclinó su cuerpo hacia adelante y miró.

Debía ser tan horrible el espectáculo, que Seik, paralizado al principio por el terror, huyó a través de la selva dando alaridos.

Los otros animales atropelladamente miraron también. Con el pelo crizado, el monarca primero, huyeron así mismo, rugiendo de terror.

. . . .

Las hojas del árbol donde el hombre apoyara su cabeza, cubrían casi totalmente el cuerpo de aquél.

Pero era un cuerpo de una blancura horrible, cómo la de una persona degollada, peor aun, y las manos extendidas hacia adelante transparentaban completamente hialinas, la hoguera del otro lado del cadáver.

. . . .

El hombre había caído en poder de la miel narcótica y del árbol carnicero. Como se sabe, la primera ayuda al segundo, adormeciendo al infeliz que se guarece bajo la copa.

Obras de CARLOS CORREA LUNA

Don Baltasar de Arandia,

libro premiado con 10.000 $ por el Gobierno Nacional

(Ley N.° 9141 de Fomento a la producción científica y literaria)

La 2.ª edición de esta importante y amenísima obra histórica, se halla en venta en todas las librerías al precio de $ 2.50 m/n.

Del mismo autor, a $ 1 el ejemplar:

UN CASAMIENTO EN 1805

LA VILLA DE LUJAN EN EL SIGLO XVIII, 1916

ANTECEDENTES PORTEÑOS DEL CONGRESO DE TUCUMAN, 1917

Por pedidos de estos últimos, dirigirse a la administración de FRAY MOCHO, Bolívar, 879

APARECIÓ EL

CÓDIGO PENAL PARA LA REPÚBLICA ARGENTINA

COMENTARIO SINTÉTICO DE LAS DISPOSICIONES DEL NUEVO CÓDIGO

Por el DR. EMILIO C. DIAZ

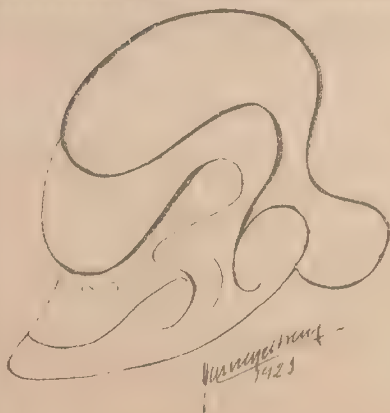
Tela . . . . . . $ 0.50
½ pasta . . . . . „ 10.—

INTERIOR por giro postal, agregando $ 0.50 para envío.

EN VENTA EN LAS PRINCIPALES LIBRERÍAS y

RIOJA 666 BUENOS AIRES

EL TEATRO — CRÍTICA - GLOSAS - HUMORISMO -



Muiño, por García Beltrán.

Se estrenó con clamoroso éxito en el "San Martín, por la compañía Velasco, la revista "ARCO IRIS", de Tomás Borrás y Mario Vitoria, con música de los maestros Auli y Benlloch.

Suele ocurrir con las revistas lo que con las mujeres: cuanto más nos recrean la vista, menos nos excitan la inteligencia y nada el corazón. Y es que unas y otras suelen apelar a atavíos y perifollos cuando en su naturaleza propia faltan los estímulos del interés ajeno. Dama discreta, es sencilla y, si bella, modesta, pues sólo con la edad pide a voces auxilio a las artes cosméticas y a los suntuarios artificios. Revista aparatosa, poco meollo y ningún ingenio.

Esto es plataforma y base común de mujeres y revistas, porque una revista no es más que una mujer, según se la mira y una mujer no es menos que una revista, según se la trata. Ambas corresponden de propio derecho al teatro, suelen ser entretenidas y caras, son generalmente sorpresivas, están dotadas de mucho movimiento y o divierten en grande o aburren prodigiosamente. Una sola diferencia podríamos anotar, agotando el símil: casi todas las revistas terminan bien y casi todas las mujeres terminan mal.

Pero hay también la excepción, cosa no extraña en cuanto se relaciona con la mujer, que casi todas son excepciones. A veces el abalorio no es en ellas otra razón que el sentido de su propia dignidad estética. Y así, también, las revistas.

"Arco iris" es una revista bien concebida. Sobre un tema espiritual se han combinado ingeniosas escenas de noble y fácil humorismo, con diálogos chispeantes y hasta su moraleja final. Como a juzgar por el éxito del estreno, todo Buenos Aires ha de conocer la revista, nos excusamos la narración.

Si acertado es el libreto del brillante periodista madrileño Tomás Borrás en colaboración con Mario Vitoria, la música le acompaña dignamente. Inspirada, ligera y pegadiza, tiene la virtud de interpretar celosamente el motivo con rica variedad de matices y muy moderna instrumentación.

Para elogio de los intérpretes bastará citarlos: Emilia Caballé, Julia Verdiales, María Caballé Millanes, Eugenia Galindo, Clara Milani, Amelia Robert, Cristina Pereda y un coro de tan buenas formas y que tanto enseña, que parece un Tratado completo de Educación.

Entre ellos, citaremos a Mauri, Soto, Lara y Bilbao, poker de ases.

La escenografía es fastuosa y de buen gusto. El vestuario, muy elegante. Todo da una impresión de arte, de belleza, de lujo, de esplendor. Es, en suma, una notabilísima revista y uno de los espectáculos más destacados y brillantes que se han presentado a nuestro público.

Fué muy aplaudida en el Argentino la pieza en tres actos de Octavio P. Sargenti, "LOS DOS POLOS", estrenada por la compañía Parravicini.

El señor Octavio P. Sargenti, autor nacional, no escribe sainetes ni comedias, no ha llevado a escena ningún cabaret ni se ha sentido atraído por pasiones cursis de la clase media. Parece, entonces que no fuera un autor nacional y sin embargo lo es. El señor Sargenti dedica sus actividades a una clase de piezas que parecen pochadas, vodeviles y juguetes cómicos y que tal vez no son nada de eso. Resulta, pues, un tanto original este autor que es nacional sin parecerle y que escribe obras que no son lo que parecen.

Pero dejándonos de catálogos, que es más bien cosa de tienda que de literatura, digamos en justicia que las piezas que escribe el señor Sargenti son ingeniosas, entretenidas y de una gracia fácil que las hace acreedoras al aplauso. Es uno de los pocos autores que meditan sus obras y corrigen, sin que esto sea afirmar que sean obras de pulimento y filigrana, sino que ello necesariamente resulta de su naturaleza.

"Los dos Polos" (que como se comprende son dos personas de ese apellido) es una pieza movida y graciosa, de complicado enredo y hábil desenlace. Se tratan en ella las andanzas de un gran cara-dura, tramposo, enamoradizo y marrullero, en suma, un vividor más fresco que el temporal de los pasados días. Su falta de recursos financieros está compensada por la abundancia de los imaginativos y gracias a ello sale airoso de situaciones complicadísimas que él sobrelleva con simpática sangre fría.

Encarnado este papel por Parravicini, es de una comicidad sostenida, que mantiene continuamente las risas de los espectadores.

Los demás elementos de la compañía le secundaron con acierto.

DIALOGUITOS

—En la Comedia, de Paso
sigue "El cerdo de Avilés".
—¿No es un éxito?
—Lo es.
—Pues entonces no es "de paso".

—Noche a noche, veo en el Mayo
"Los estudiantes del amor".
—¡Pues a su edad, es ser caballo!
—Es que en amor, caro doctor,
cuando uno sabe, le va peor.
Yo siempre estudio.
—¡Ah, bien! Me callo.

JUAN MOREIRA RESUCITA

Nuestro teatro tiene algo de caja de sorpresa. No pasa temporada sin que nos proporcione alguna novedad extraordinaria... a fuer de desagradable. Al reinado del cabaret que todavía se prolonga, ¿qué seguirá? A juzgar por las manifestaciones del público del Nacional ante la nueva teatralización del Juan Moreira, mucho nos tememos que el gaucho desalojado del escenario, retorne a él con nuevas energías. Ello significaría volver al principio, a las primeras manifestaciones de nuestra escena que, en realidad, nada dicen en su favor. El gaucho será todo lo noble y bello que se quiera como exponente del pasado; pero es también una expresión de incultura mental que no tenemos porque retrotraer a la escena. Lejos de eso, debemos ocultarlo, como oculta el hijo universitario el analfabetismo de su padre...

No puede negarse que el popular autor don Alberto Vaccarezza ha llevado hábilmente a la escena la novela de Gutiérrez, glosando teatralmente los principales episodios de la leyenda del famoso gaucho; pero nosotros no podemos aplaudir su labor por extemporánea, por negativa en cuanto se refiera al progreso de nuestro teatro. Hay muchas cosas más importantes que Juan Moreira para llevar a la luz de las candilejas.

La compañía del Nacional representó con mucha discreción el nuevo trabajo del autor de "Tu cuna fué un conventillo", y el público, niño grande e ingenuo, aplaudió con entusiasmo las tiradas sonoras que abundan en la pieza.

UN APACIBLE VÉRTIGO

Mientras "Manuelita Rozas" siga llevando público al Marconi, no se producirá el estreno de "El vértigo", intenso drama de Meré que ya está suficientemente ensayado. La cosa tal vez se haya producido en estos últimos días, pero si no es así nos tememos que los del vértigo seamos nosotros.

CASAUX SIN NOVEDAD

El borriquito del Victoria resulta infatigable. Con sus tres baturros a cuestas, sigue su marcha sin dar muestras de cansancio. 50... 60... 70... y sigue, y sigue. Parece que va a ser el primer centenar de tres actos de la temporada.

SECCIÓN TERPSÍCORE

Cuando terminen su danza las libélulas del Politeama, iniciará la suya "La Bayadera" de Kalman. Esto se producirá tan pronto como se pueda, es decir, en cuanto el público comience a demostrar con su ausentismo que ya conoce bien "La danza de las libélulas". Por lo demás ¿quién de nosotros no se ha sentido libélula?

VITTONE-POMAR

La compañía que encabeza este popular binomio teatral, venía anunciando a tiempo de escribir nosotros estas líneas, el inminente estreno de "¡Náufragos!", sainete en tres cuadros de Julio F. Escobar, con música del maestro Muñoz, del cual se descuenta un éxito. Amén.

MUIÑO Y ALIPPI

Los dos tigres del Buenos Aires regresaron del viejo mundo y de su jira triunfal con unas ganas enormes de acaparar todo el público porteño de género chico. Y casi, casi lo están logrando, pues la sala se cuaja de gente todas las noches.

En el cartel desfilan las piezas que mayor éxito conquistaron en España y en tanto se prepara la primera novedad, que será una revista de Bayón Herrera y el maestro Coll, titulada "La vuelta al pago o la Argentina en punta".

"EL HOMBRE QUE SE VENDIÓ"

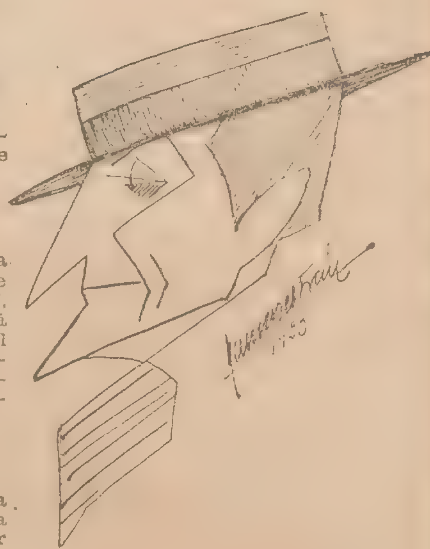
Una novelita urdida con poca fortuna en lo que atañe a su argumento y escenizada con menos fortuna aún, nos parece esta pieza del señor Aquino que terminan de estrenar los elementos que secundan al trío Mari-Morganti-Gutiérrez. Una ingenuidad impropia de un autor como el señor Aquino, parece haber presidido la construcción de la obrita, que el público recibió con poco entusiasmo. En su interpretación, abrillantaron sus papeles las primeras figuras del elenco, quienes fueron secundados con buena voluntad por los demás actores.

POR EL APOLO

El descontado éxito de "El alemancito" ha servido para dos cosas: para sostener la agonía de "El patio de los fantasmas" y para postergar los estrenos anunciados. De manera que, de seguir las cosas así, los autores de "Malacara" tendrán que aguardar aún su primer contacto con el público en carácter de escritores escénicos.

LA QUIROGA

Con mucho público continúa actuando en la aristocrática sala del Odeón la compañía de esta distinguida intérprete. Mientras hilvanamos estas líneas, se ensaya la nueva obra de Roberto Gache, "Las estatuas", que es esperada con interés, dados los antecedentes del autor.



Alippi, por el mismo caricaturista.

ARATA ABANDONA EL PORTEÑO

La cosa parece inconcebible, pero es así. Arata, la principal figura del Porteño, dentro de breves días se va y queda rota su temporada. O mucho nos equivocamos, o desaparece dentro de poco la compañía, bien que se anuncie que será reforzada con la pareja Blanca Pozas-Miguel Ligero y Gómez Bao, esto es, resultará un conjunto hispano-criollo. Para ese entonces se dice se estrenará "El mundo en Kodac", revista de Pelay que está por estrenarse desde el año pasado. ¿Es que nadie se anima?

SMART

Primera novedad que preparan Simari y Franco es "... y el burro tocó la flauta", de Collazo, título que acusa evidente espiritualidad.

CASINO

En franca competencia con el hombre, en el Casino los animales revelan grandes aptitudes artísticas. A los chanchitos amaestrados, ha seguido el debut de los perros actores, número canino digno de ser imitado por ciertos cómicos de nuestra farándula.

FLORIDA

Reapareció Buonavoglia, el "inmenso" Buonavoglia a quien el frío de las playas marplatenses arrojó a nuestra capital. Buonavoglia "bufonea" en el Florida con la suerte que no tuvo en el Odeón de Mar del Plata, donde no entraron por el aro. Son más inteligentes en la ciudad atlántica.

GRAND SPLENDID

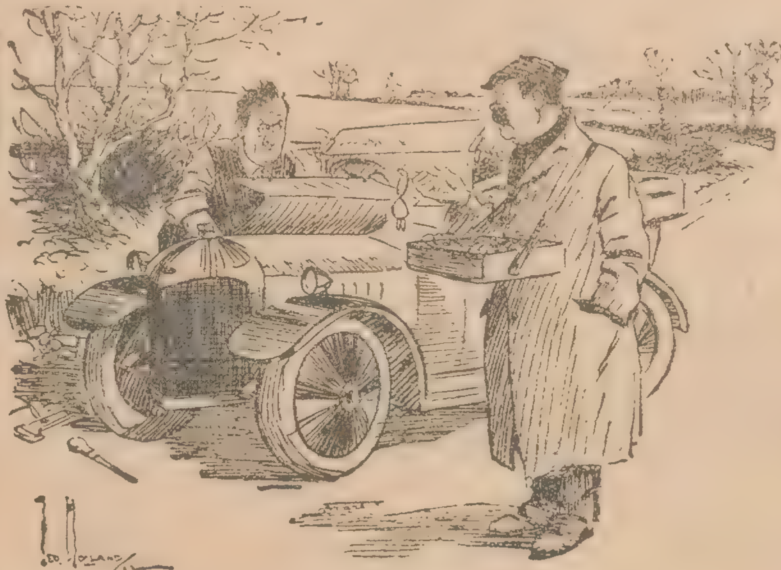
Grandes llenos determinaron los programas de cintas exhibidas la semana anterior. Esta hermosa sala es, indudablemente, de las más favorecidas por el público distinguido, que en ella encuentra distinción, sociabilidad y gentileza en los concurrentes y arte en el espectáculo cinematográfico.

CAPITOL

Se anuncian bellas cintas para la semana en curso. Ello motivará una mayor afluencia de familias selectas, que son la que se dan cita en esta bonita sala.

EL RINCÓN DE LA RISA

¡A PUNTO!



—¿Quiere comprar un lindo rompecabezas, señor?

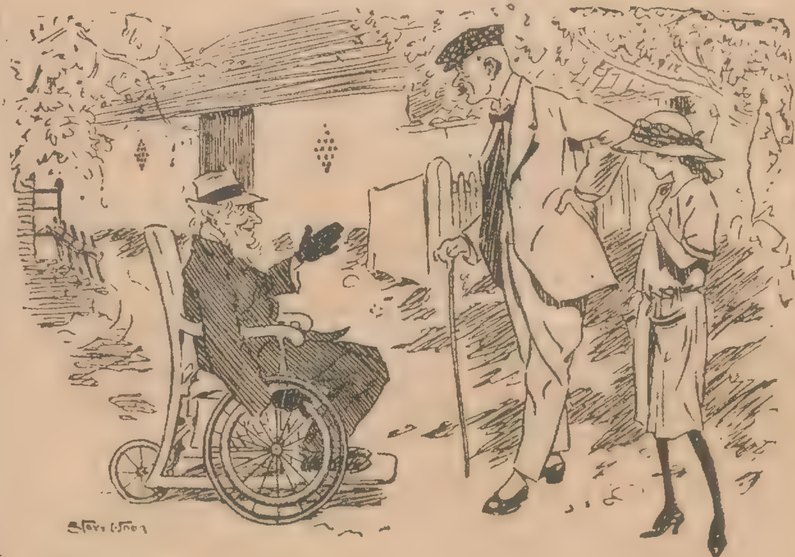
EXPERIMENTADO



El empresario de cine.—¿Tiene usted alguna experiencia en eso de trabajar sin espectadores?...

El artista.—Justamente, trabajar sin espectadores es lo que me ha hecho venir aquí.

INDIFERENTE



—¿Y el tráfico no le pone nervioso?
—¡Oh, no! Si un auto trata de ganarme, lo dejo que pase

CIENCIAS DE HOY



—¿Sabe usted taquigrafía?
—Sí, señor; bastante bien... pero tardo más.

A RIGUROSO SONETO



—¿Qué lees, Juancito?
—El libro de versos de papá.
—¿Y por qué te han castigado?

DECEPCIÓN



—¿Cómo se encuentra su marido?
—Ya está bien.
—¿Y me dice usted que está bien sabiendo que ha caminado tres leguas para preguntar por él?

BIBLIOGRAFÍA

"La torre", por Joaquín Cifuentes Sepúlveda.

El autor de "Noches", poeta chileno reconocido entre los de las nuevas generaciones, acaba de publicar su libro. ¡Doloroso libro! Flota por "La Torre" un ambiente lúgubre; se ve que quien lo escribiera ha recibido mal de los hombres sobre todo; y en su espíritu blando, como de gleba fecunda, han quedado huellas de pisadas...

La de Cifuentes Sepúlveda, es una vida en la cual la tragedia ha hundido su garra implacable. ¿Cómo no dejarlo ver en sus versos, si es poeta? ¿Cómo exultar la vida, si la vida lo ha acosado como fiera, cuando él nació ave cantora?

Y no siempre fué así, lúgubre y misántropo; lo hicieron así; bien nos lo dice:

> Por el camino de la vida
> en pos corrí de una verdad...
> La senda estaba florecida
> de claridad, de claridad...

Sus pupilas estaban brillantes como carbones encendidos, cogió a puñados flores de mágicos colores... ¿Después? Llegaron las penas, las angustias, los desengaños: ¡fúnebre cortejo!, y él nos dice:

"Pongo mi vida en estos cantos".

¿No han de ser dolorosos y terribles?

No sé si los líricos tienen el derecho de acibar la vida de los otros con sus vidas dolorosas, no sé tampoco si estos libros, así como el de Cifuentes Sepúlveda, deben publicarse; mas sí puedo asegurar que una vez publicados hay que reconocer, como yo reconozco en este, "La Torre", la enorme suma de sinceridad que hay en él, y cuánto nos dice a muchos hombres, ya que en él se han vertido angustias que son las nuestras también.

Ernesto Morales

"Fugacidad", poemas por Víctor Ruiz, Bolivia.

Una emoción profunda se siente leyendo estos poemas que están saturados de una gran melancolía; el señor Ruiz, poeta por excelencia, ha dejado además en ellos una mezcla de pesimismo e inquietud, que los hacen estimables. Se deduce por sus manifestaciones que es un joven soñador, que, sin apartarse de los motivos dulces que le ofrecen las cosas, y sobre todo la Naturaleza, gustar cantar espontáneamente.

He observado que el poeta, tiene constantemente la visión de la muerte, esa sombra funesta que se alza en el dintel de la vida; por eso dice, como si se cobijara en ella:

> "Y saber que perdiéndote ya todo se
> [ha perdido...
> ¿Todo? ¡No! Que aún me queda la
> [gracia de la Muerte
> el olvido supremo al olvido."

Indudablemente que "Fugacidad" no es una obra perfecta; como en todo libro de un espíritu joven, nótase en él algún apresuramiento, algunas durezas que alteran la flúidez del verso, pero, esto no empaña la condición tan bella, la emoción y sonoridad, que el señor Ruiz deposita en sus cánticas.

Yo aconsejaría al autor de "Fugacidad", que se dedicara con más tesón al verso libre, como "Nocturno de mi anhelo", elegante y hondo, donde el poeta le dice a la amada como si la encadenara a su destino:

> "La noche, el mar, tus ojos y la luna
> están llenando mi alma...
> Y las olas me llaman como manos,
> y quisiera perderme en lontananza!
> . . . .
> Oh, si pudiera, en una de esas luces
> robarte para siempre, alma de mi alma.

Luego refleja con seguridad los finales de las estrofas, y hay objetividad en todos sus poemas, sobre todo en los "Paisajes Andinos", bien observados. El señor Ruiz es un poeta joven y sus próximas endechas espirituales tienen forzosamente que ser de una mayor perfección y de un caudal más grandioso.

"Federico, el pesimista", por Manuel García Hernández. Buenos Aires.

El nombre del autor de este libro, no es desconocido para las letras de este país; ya en ocasiones anteriores dió a la publicidad algunos estudios y conferencias, los cuales fueron acogidos favorablemente por la crítica.

El señor García Hernádez en el libro a que hago referencia, estudia meticulosamente la vasta personalidad del gran filósofo Nietzsche. Con un estilo preciso, con elegancia y sin abusar de ditirambos, refleja todas las luchas que mantuvo el filósofo alemán en pos de sus altos ideales, como así también diseña el por qué de su visión quimérica, haciendo comparaciones al mismo tiempo de éste con aquel otro pesimista, que no supo ensalzar al bello sexo, Schopenhauer.

Dice el autor de este libro: "La locura de Nietzsche sonríe en todas sus páginas. Es una locura a veces bonachona y humilde, a veces tiránica y exaltada. El mundo fué la reja desde donde se reía de todo, colocándose, frente a la misma naturaleza acusando a Kant de viejo seductor que había poco menos que llevado a la juventud el espectáculo doblemente visible de su imperativo categórico."

Con la misma exactitud, con idéntica observación que la que el autor ha dejado en el párrafo transcripto, está tejida toda la obra sobre el filósofo alemán. No sólo se concreta el autor a analizar su vida, sino que también estudia su religión, creyendo "que su pesimismo le engañaba a veces la faz de un problema; su honda democracia". Y así todo este volumen, está bellamente escrito, y con una observación poco común. Quizá el autor abuse algo de su apasionamiento, de su admiración por el autor de "Más allá del bien y del mal", pero no cae en una exagerada loa, muy al contrario.

El señor García Hernández, con estos estudios serios, bien terminados y brillantes, que viene dando a la publicidad periódicamente, sobre figuras de la intelectualidad europea, demuestra su afán de conocer y deducir la obra de los grandes pensadores. Yo creo que en esta clase de trabajos recobra más relieve su personalidad, y es más feliz que en otros literarios que ha oportunidad diera a luz. Siguiendo por esta ruta tan escabrosa, podrá hacer que sus ulteriores obras sean más terminadas, ya que es estudioso y tiene un gran caudal de observación.

YE WHISKY OF YE MONKS

A CURIOUS OLD WHISKY



El whisky de los aristócratas

Unico agente para las Repúblicas Argentina, Uruguay y Paraguay:

FEDERICO PEREA

Calle LIMA 1672, Bs. Aires
U. T. 616, B. Orden—Coop. T. 220, Sud

Agente en ROSARIO:
Ignacio Granados y Cia.
Maipú 345

AVISOS ESPECIALES

MÉDICOS

Dr. J. M. Blanco Spangenberg
Del hospital Alvear
Venéreo - sifilíticas
De 3 a 6 p. m.
U. T. 1770, Av. 25 de Mayo, 597.

Dr. JUAN E. CARULLA
Médico del Hospital Alvear
Atiende especialmente enfermedades internas
Rivadavia 764, 1.er piso
Horas de consultas: de 2 a 4 p. m.
UNION TELEF., 3717, Av.

Dr. A. R. ZAMBRINI
Prof. Suplente de la F. de Medicina
Jefe del Servicio de nariz, garganta y oídos del Hosp. San Roque
TUCUMAN 531 de 2 a 4
Menos los Miércoles

Dr. Eloy A. Escobar Bavio
Médico oficial del Círculo de la Prensa y Director del Servicio Médico del Jockey Club
LAS HERAS 1877
Consultas de 3 a 5 p. m.
Unión Telef., 5728, Juncal

Dr. JORGE I. DEL PIANO
Médico del servicio de garganta, nariz y oídos del Hospital San Roque.
Asistente a la clínica del profesor Sebileau (París).
Consultas: de 2 a 4 p. m.
Libertad 1375 U. T. 6357, Juncal
BUENOS AIRES.

Dr. Alberto T. Barragán
Dentista cirujano
De 14 a 18 Sáenz Peña 216

LAS PEQUEÑAS CAUSAS



—¿Por qué te has puesto esa echarpe en el cuello? ¿Grippe? ¿Laringitis?
—La lavandera no me ha traído la camisa.

"Kanthutas" (cuentos bolivianos), por Antonio Díaz Villamil.

Con el título de estas líneas, el escritor Antonio Díaz Villamil, remíteme de Bolivia su último libro.

Dice el prologuista, señor Bedrecal, en uno de sus párrafos en que presenta al autor de Kanthutas: "Leyendo este libro se siente la impresión de realidad, de vida toda; todo lo que nos cuenta lo hemos visto, lo hemos oído, lo hemos sentido o presentido, lo estamos sintiendo todavía." Yo hago mías las palabras del prologuista, porque en verdad bajando el alma al fondo de estas narraciones tan bien hilvanadas, el lector se siente vivir en aquel ambiente de remembranzas y que tan bien pinta el señor Villamil.

Una prosa galana, clara, precisa, sin rebuscamientos ni frases exóticas, forman el conjunto de estos cuentos, tan emotivos, tan llenos a veces de una tristeza dominante.

También lo que da color a estos paisajes de vida, a estos asuntos regionales, es la armonía interior, el matiz que los hace interesantes.

No encontraremos en "Kanthutas" ese realismo crudo que tanto aplauden ciertos escritores, ni menos asunto inverosímiles. El autor de este libro vive sus narraciones, su espíritu se ve que está compenetrado de sus personajes; ha sentido ese dolor entrañable de las almas atormentadas que refleja, como la de Tamuco, protagonista de su bello cuento "Nitaya".

Después, en los últimos escritos, como en aquel "En el desierto", encarna una gran moraleja, que no sólo nos enseña que no debemos desechar lo que hoy amamos, sino que corre el peligro que, con un abandono premeditado, pueda perderse. Es quizá este cuento uno de los más interesantes del volumen.

Para terminar, diré que la obra del señor Díaz Villamil, es un alto exponente de belleza, de filosofía y de amor. Esperamos sus producciones futuras, que no dudo robustecerán su ya definida personalidad.

Félix R. Visillac

Hemos recibido:

El cardenalato argentino. — Negociaciones diplomáticas, por el doctor E. S. Zeballos.

Las horas que van pasando, poesías por Samuel E. de Madrid.

Campaña contra el tirano del Paraguay, Francisco Solano López. Juicios de la prensa en general. Historiadores civiles y militares e ilustrados personajes, referente al mapa de la batalla de Tuyuty, de 24 de mayo de 1866, recopilado por el coronel D. Marambio Catán, guerrero del Paraguay, expedicionario del desierto.

Federico, el pesimista. Su credo, su moral, por Manuel García Hernández.

Anexión de la República de Haití por los Estados Unidos del Norte, por Pierre Hudicourt.

El triunfo de la verdad, novela por Juan B. Lecuona.

Carnegie Endowment for International Peace. Yerar Book. 1922.

El amor del alma, novela, por Antonio Guardiola.

El hipócrita, novela, por Juan B. Lecuona.

La Novela de Galíndez. Núm. 2.

Boletín de la Mutualidad del Tranvía Anglo-Argentino. Año II. Núm. 15.

Industria. Año V. Núm. 42.

El amigo de todos. Para las damas, los hombres y los niños. Pensamientos por Juan Benito Lecuona.

Vórtice. Núm. I. Abril de 1923.

Milonguita. Año I. Núm. 1.

La canción selecta. Año II. Núm. 24.

Revista de Filosofía. Año IX. Número 3.

Omnia. Año II. Núms. 7 y 8.

Desgraciados. Narraciones por Lorenzo Stanchina.

El crisol. Año I. Núm. 4.

LA HIPOTESIS

La mayor parte de los progresos humanos se deben a la hipótesis, es decir, a la suposición de verdades o de posibilidades que dan motivo para cálculos y reflexiones que después de ser examinados con detención se desechan definitivamente si se consideran como errores o se admiten con el carácter de verdades científicas o demostradas. En ambos casos la hipótesis es un recurso intelectual de extraordinaria importancia.

El investigador que para realizar su empeño en busca de nuevas verdades o en averiguación de hechos ciertos supone probabilidades posibles, se pone en camino de la verdad y adelanta notablemente si llega a convencerse de que se ha equivocado.

Los hombres de remotísimas edades, ignorantes de las causas de todo, edificaban a su gusto las más atrevidas suposiciones para explicarse los fenómenos de la reproducción y del movimiento; y esas hipótesis, en cuanto se relacionaban con la vida universal, tenían por principal fundamento las estrellas, seres luminosos que palpitaban a su vista y que cambiaban de lugar continuamente, como las pupilas de los ojos: ¿eran, en verdad, ojos inquisitivos de seres superiores? ¿eran lámparas sostenidas por fuerzas ocultas en alturas indefinidas? ¿eran antorchas blandidas por manos misteriosas? Cualquiera de esas teorías daba lugar a multitud de investigaciones, de juicios, de temas de meditación y de observación durante muchos años y en muy distintos lugares. La mayor parte de las religiones, si no todas ellas, se fundaron sobre hipótesis concebidas por hombres de buena voluntad afanosos de explicarse el mundo y la inteligencia; y la mayor parte de las verdades científicas afirmadas desde Kapula, el iniciador de la filosofía Sankya, hasta Pasteur (1890) y Edison, en nuestros días, han sido basadas sobre hipótesis.

Xenófanes, Heráclitos, Pitágoras, Anaxágoras maestro de Sócrates, de Pericles y de Eurípides, Demócritos, Hipócrates, Aristóteles, Zenón, Arquímedes, Eratóstenes, columnas fundamentales de todo el saber humano, inventaron hipótesis para explicarse muchos fenómenos de la vida y de la naturaleza; y esas hipótesis en su mayor parte han llegado a constituir el mayor tesoro científico acumulado por la Humanidad en muchos siglos de marchar a tientas entre las tinieblas de la ignorancia.

Dos intereses ha habido siempre opuestos a las deducciones legítimas de la hipótesis; el interés del dogma y el interés de la vanidad científica. De las quinientas o más religiones que el tiempo ha declarado erróneas, aún no se tiene noticia de ninguna cuyos intérpretes hayan reconocido su fracaso, aunque todas hayan tenido que admitir reformas que son rectificaciones de sus primeras hipótesis básicas. Y las ciencias han encontrado con frecuencia grandes obstáculos en el empeño de algunos pensadores para mantener hipótesis desacreditadas: así lo afirmó Kant, al clasificar los juicios lógicos en asertóricos, apodícticos e hipotéticos. Newton demostró que la hipótesis resulta de la semejanza profunda que se observa entre dos hechos muy diferentes: así él supuso que la caída de una manzana y los movimientos de los planetas obedecen a una misma causa; y mediante esa hipótesis dejó afirmada la ley de la gravitación universal, que Halley, Clairant, D'Alembert y sobre todos Laplace desenvolvieron después cumplidamente. Ese mismo Laplace, que murió en París en 1827, sostuvo hipótesis acerca de la refracción, de los efectos capilares, de las medidas barométricas, de las propiedades estáticas de la electricidad, de la velocidad del sonido, de los anillos de Saturno, y muy especialmente de la formación de los mundos, hipótesis generalmente admitidas como verdades incontrovertibles.

Las hipótesis pueden ser experimentales, comprobadas inmediatamente, y también hipótesis generales que versan sobre un número indefinido de hechos y conservan siempre su carácter hipotético. La palabra "hipótesis" proviene de las dos griegas "ypo", debajo y "thesis", tema de estudio, equivalentes a "proposición convencional".

Manuel RODRIGUEZ NAVAS.

CASA EDITORIAL FRANCO IBERO AMERICANA
222, Boulevard Saint-Germain — PARIS

ACABA DE PUBLICARSE

EL PRESIDENTE ALVEAR

POR

RICARDO H. ARAMBURU

Un tomo en 8° de 208 páginas, en rustica, *con un magnifico retrato del Presidente.*

PÍDASE EN TODAS LAS LIBRERIAS

El acuario de Nueva York

Nueva York posee el acuario más grande del mundo. De él ha publicado recientemente "La Nature" una detallada descripción, que nos permitimos extractar.

La **IODHYRINE**
del Dr. DESCHAMP
DE LA FACULTAD DE MEDICINA DE PARIS

ADELGAZAR

SIN PERJUDICAR LA SALUD

Combate la gordura excesiva, reduce las caderas y vientre. Adelgaza el talle.

No deja arrugas

Es el MÁS SERIO de los específicos contra la

OBESIDAD

Autorizada por el Dto. de Higiene. Todas las Farmacias, $ 7.50 la caja. Concesionario: M. León. SAN MARTIN 450

El visitante—dice la citada revista—entra en una vasta rotonda de 62 metros de diámetro, dulcemente iluminada por la suave luz que dejan pasar los cristales del techo.

Siete grandes piscinas, rodeadas de altas y fuertes balaustradas, están convenientemente repartidas en la superficie del suelo. La mayor de todas, que ocupa el centro, mide 12 metros de diámetro y dos de profundidad.

En esos estanques hay focas, delfines, tiburones y hasta ballenatos.

A la altura de un primer piso, en una galería circular, se hallan las piscinas en que viven los peces pequeños, los invertebrados, las salamandras.

También hay grandes vasos, en los cuales, durante el verano, las larvas de los mosquitos sufren la serie de sus metamorfosis hasta devenir insectos perfectos.

Un departamento pintoresco es el reservado a los pececillos exóticos de colores brillantes y de formas extrañas, que los aficionados buscan con avidez para sus colecciones.

Los siete estanques del suelo y las piscinas destinadas a los peces de que unas poderosas bombas absorben mar están abastecidos de agua salada, directamente de la bahía de Nueva York y vierten en un enorme depósito que hay bajo el edificio. Antes de llegar a las piscinas, el agua pasa por varios filtros.

Un dato curioso: La captura y el transporte de los bellísimos y brillantes ejemplares tropicales, en su mayor parte del mar de las Antillas y del golfo de Méjico, es más fácil y menos costoso que el de las especies fluviales y locales.

Al servicio del New York Aquarium hay buques especiales provistos de grandes aljibes, en los que el agua es renovada fácilmente, con cabida suficiente para transportar vivos y en perfecto estado hasta 500 peces de gran tamaño.

Necrología



Señor Antonio Grimaldi.



COLABORACIÓN ESPONTÁNEA



A Don Quijote

Hasta que el mundo como mundo exista,
tu nombre excelso, Don Quijote, quiere
perpetuarse en un broche que lo hiciere,
entre todos los nombres, idealista.

Sobrehumano es tu errar mas nos conquista,
cuando la espada del dolor nos hiere,
mostrándonos, triunfal, lo que no muere,
mientras la fe en nuestro ideal subsista.

Y dudamos, también, cuando razona
el sentido común de Sancho Panza,
sobre el ideal que a comprender no alcanza;

pero amamos la sed que te apasiona,
y el alma con tu alma desespera,
cuando lloras, perdida, tu quimera!

Néstor D. MENDOZA.

Las humildes soñadoras

Era la hora del amor porteño.

Caía el crepúsculo suave y templado. El sol coronaba con su última lumbre las cúpulas de la ciudad, que como una vieja cortesana se enjoyaba para las fiestas nocturnas; y por las calles de sombría complicidad, iban con paso lento y hablar quedo, las parejas de tenorios y grisetas.

Carmen Vivares atravesó la calzada. Alta, flexible, el clásico traje de la empleada de las grandes tiendas, parecía querer ocultar con su negra severidad, la espléndida insolencia de sus bien formadas caderas.

Sola, exhalando esencia de violetas, con el ala del sombrero balanceándose al ritmo cadencioso de su andar, dejaba tras sí el enigma de sus ojos perdidos en la profundidad misteriosa de las ojeras. Sin ser hermosa, era provocativa. El cuerpo esbelto, estatuario, triunfaba del rostro, descolorido, y en el que el desencanto había dibujado su trágica mueca; y los hombres se volvían, al pasar, mirándola codiciosamente. Bien lo sabía ella, pero el vulgar homenaje le era indiferente.

No en vano, desde muy joven, había alimentado una ilusión, cuya llamita azul la iluminaba, escudándola de las acechanzas callejeras: soñaba con un hombre fuerte y culto que la deslumbrase con su poderosa superioridad física y moral.

Que su carne de muñeca aporcelanada vibrase y temblase al contacto de sus músculos de atleta; que su curiosidad de mujer ignorante, ávida de saber, encontrase en él, la explicación de todos los porqués; y esa feliz comunión al calor de un rincón de afectos buenos. Una casita que adornaría con el primor de sus manos, esparciendo por ella, el amable perfume de las cosas familiares.

Carmen Vivares, frágil, delicada, sin mayor instrucción, supo, quizás intuitivamente, que la más grande dicha de una mujer es hallar el compañero superior que ejerza sobre ella, la sutilísima dominación de su fortaleza y su talento, guiándola y protegiéndola en el azaroso trayecto.

—Hijita—solía decirle María Rosa, la hermana menor, cuando en las largas noches invernales propicias a la dulce melancolía de la confidencia, ella le contaba su íntimo deseo—si encuentras un novio así, serás una esclava...

Carmen la miraba indulgentemente: ¿qué podía saber esa muchacha rubia y coquetuela?, y sonreía pensando en el hombre fuerte, que en los momentos de amor, sería un niño ansioso de sus mimos y caricias...

En los primeros tiempos fué agradable el aguardar, pero luego, cuando la alegría ingenua y feliz de la adolescencia se desvaneció, y llegaron los veinticinco años, y la feroz lucha por la vida apagó en ella toda ansia juvenil, la espera se hizo triste y dolorosa...

No surgiría del ambiente modesto y estrecho donde actuaba, del cual la había elevado su exquisita sensibilidad de romántica, y la inquieta semilla de libros incomprendidos y leídos a destiempo, y en cuanto de otro... ¡demasiado sabía ella lo que significaba eso! No quiso pensarlo, y vivió una existencia pobre, monótona, llena de resignación.

Encontró trabajo en una casa de modas; atendía la clientela rica; y fué para ella un anestésico la frívola tarea de vender monadas, chucherías, a las marquesitas criollas de nuestra aristocracia.

Aquel atardecer de primavera temprana le hizo pensar en su fracaso sentimental, entristeciendo su regreso. Y había buscado un camino silencioso, porque el bullicio de las calles céntricas aumentaba su neurosis.

En la acera unas nenas muy limpitas, muy seriecitas, jugaban a la ronda. Oíanse claras, encantadoramente desentonadas, las voces infantiles:

Se me ha perdido una hija.
Cataplín, cataplín, catapiero...

Escuchó Carmen, y como despertase en ella la voz de los recuerdos, quiso evocar los años apacibles de su infancia... Cuando correteaba por los parques amigos, al viento las mejillas sonrosadas y las ondas obscuras de su cabello...



CABALMENTE

—Dicen que es muy desgraciado en el juego...
—¿Entonces será afortunado en amores?
—Eso sí. Todavía sigue soltero.

Se detuvo; por unos minutos las miró jugar; pero nuevamente la invadió una horrible sensación de cansancio y apresuró el paso. Quería huir de las chiquillas; les envidiaba la inocente serenidad de sus almitas. Dobló la esquina, caminó varias cuadras y penetró en un boulevard.

Muy cerca, la torre de una iglesia ponía su augusto y solemne matiz en el conjunto crepuscular. Carmen consultó el reloj: eran las seis de la tarde.

Temprano; luego, podía permitirse el humilde lujo de ir sin apuro; sola con sus pensamientos de mujer triste, por aquella avenida de acacias, ricas en florecillas amarillas, y en la que el aire parecía traer consigo un rumoreo de besos y suspiros.

Cuando llegó a su casa, la madre, pulcra, canosa, la aguardaba en la puerta:

—¿Por qué te has retardado?

—Por nada; venía caminando—respondió dirigiéndose a su dormitorio.

Quitóse la ropa de calle y se vistió un liviano peinador de tonos claros.

Salió al patio:

—¿Cenamos?

—Un ratito no más—contestó la madre desde la cocina.

Acercó el sillón de mimbre, gastado por el uso, que crujió al recibir su cuerpo deseoso de descanso.

En el vecino patio una madre arrullaba a su niño con una vieja canción de hadas y gnomos... De las estrellas, suspendidas en el retazo azul del cielo, bajaba una suave y vaga claridad...

Entornó los párpados aspirando con deleite la frescura que exhalaban las plantas recién regadas... un sopor sedante la invadía, enervándola... Era el ácido perfume de la glicina, vestida con sus fugaces racimos violados...

María Rosa la despertó. Bonitilla y frívola, luciendo un ramito de jazmines en el busto de senos audaces, erectos, animaba la casa con sus risas y cantos.

—¡Vamos!, a comer—gritó echando a correr por el patio.

Carmen suspiró:

—¡Así había sido ella!—un pensamiento egoista la animó—también... Pero en seguida, pensó que María Rosa ya había elegido un novio entre los suyos, sin marchitarse como ella, en la espera de un príncipe imposible. ¿Imposible?, ¿por qué? ¿Acaso había sido tan grande su ambición?

Miró a su alrededor, y viendo esa pobreza honesta, pero mezquina sonrió amargamente.

En el comedorcito la comida esperaba. Cenaron en silencio; la madre la miraba con espanto y tristeza: adivinaba la pena de esa hija, prematuramente desilusionada.

María Rosa, impaciente, apuró los platos.

—Deja, yo terminaré—murmuró la anciana.

Cantando se fué a la puerta. Por un momento solo se oyó el ruido de la loza al chocar, después, un silencio pesado, agobiador... La madre, acurrucada en una sillita baja, cosía. Carmen se levantó; y encogiéndose de hombros entró en el dormitorio. Abrió la ventana: la ciudad iluminada parecía arder en un incendio maravilloso. El piano de enfrente ensayaba un tango canallesco... En un automóvil, estacionado en la esquina, un caballero fumaba; pronto llegó la mujer lujosamente arropada, y el coche arrancó con sospechosa velocidad... La charla de las comadres, y el musiteo de los novios atortolados en la penumbra de los zaguanes, llegaba a ella en un murmullo vivificante, optimista. Era la vida simple, sencilla, que triunfaba en la calle del viejo barrio, aquella tibia noche de primavera. Sin duda, esa misma vida tenía sus descuidos y se había olvidado de ella.

¿Olvidado? ¿Y aquel muchacho que la cortejara un tiempo?

Fué un episodio inolvidable. Lo conoció en Florida; estudiaba medicina y llevaba un apellido aristocrático.

Era buen mozo; rubio, vigorizado por los deportes. Creyó encontrar el hombre soñado y aceptó sus requiebros.

Conversaron varias semanas y una noche paseando por la Recoleta él le arrancó una promesa. Visitaría su casa de soltero; un departamento muy chic, donde, para recibirla, llenaría de flores los costosos jarrones y tendería tapices sobre los sillones pequeños y exóticos.

—¿Vendrás?

—Sí—aceptó ella. Pero cuando se quedó sola, recordó las eternas historias de las muchachas de su condición. Pensó en el brillo imperioso de los brocatos, en la transparente caricia de las gasas, tuvo miedo y al día siguiente, faltó a la cita.

No lo volvió a ver más. Asqueada, lo despreció; no pudo haber sido nunca el hombre soñado.

—No, no...—murmuró pasándose la mano por la frente. Le latían las sienes y un amargor le subía a la boca.

—¡Y sin embargo cuánto había sufrido!—sería, quizás, por su proceder incorrecto...

Oyó el tímido llamado de la madre:

—María Rosa, ya es tarde—estaba conversando con su novio.

—¿Por qué los deja solos?—se preguntó Carmen. —Iría a acompañarlos. Dió unos pasos; un súbito rubor coloreó sus mejillas; había comprendido. Se estaba poniendo vieja, ridícula, y rompió a llorar en un llanto débil y silencioso...

Luisa SOFOVICH.

FRAY MOCHO

SE PUBLICA LOS MARTES

Oficinas: BOLIVAR, 879 — **Buenos Aires**

De 9 a 12 y de 14 a 18 — U. T. 428, B. Orden
Sábados: de 9 a 12

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

En la Capital		En el Interior		En el exterior	
Trimestre. .	$ 2.50	Trimestre .	$ 3.00	Trimestre	$ oro 2.00
Semestre . .	„ 5.00	Semestre.	„ 6.00	Semestre.	„ „ 4.00
Año. . .	„ 9.00	Año. . .	„ 11.00	Año. . .	„ „ 8.00
N.° suelto.	20 cts.	N.° suelto.	25 cts.		
N.° atrasado.	40 „	N.° atrasado.	50 „		

No se devuelven los originales ni se pagan las colaboraciones no solicitadas por la Dirección, aunque se publiquen. Los repórters, fotógrafos, corredores, cobradores y agentes viajeros, están provistos de una credencial de esta revista.

Encuadernación de ejemplares

		En cuero	En tela
Encuadernación en formato grande.	cada tomo	$ 12.—	3.70
„ „ „ chico.	„ „	„ 8.—	3.—
Tapas sueltas „ „ grande.	„ „	„ 9.—	2.—
„ „ „ „ chico.	„ „	„ 6.—	1.50

Compañía Gral. de Fósforos. — Talleres ex Ricardo Radaelli, Paseo Colón 1266, Buenos Aires



FOTOGRAFÍA ARTÍSTICA



Paisaje del Neuquén.



Un detalle del río Quequén, tributario del Atlántico, en la provincia de Buenos Aires.

Fot. J. C. Dantiacq.

HESPERIDINA BAGLEY

FABRICADA DESDE EL AÑO 1864

EL GRAN APERITIVO NACIONAL





Bebida incomparable, porque reune cualidades jamás igualadas en otros aperitivos. El hecho de estar fabricada a base de cáscaras de naranjas amargas, escrupulosamente escogidas, le convierte en el licor más estomacal, al par que delicioso y exquisito.

Una copita de

Hesperidina Bagley

antes de cada comida, significa recobrar el perdido apetito y digerir perfectamente y sin molestia física.